

## S

**Sabiduría.**— “Si conocéis a Jesucristo, basta esto, aun cuando ignoréis todo lo demás; pero si conocéis a Jesucristo, aunque tuviéseis grandes conocimientos en todo lo demás, nada sabéis. (Cornelio a Lápide, T. 4, p. 445.)”

“Más le conviene al hombre ignorar enteramente las causas de las obras de Dios, y creer en El, y perseverar en su amor que nos vivifica, que buscar otra ciencia que no sea el conocimiento de Cristo crucificado por nosotros, y que dedicarse a cuestiones y sutilezas que al fin nos conducen a la iniquidad. (S. Ireneo, sent. 2, Tric. T. 1, p. 86.)”

“Para nada necesitamos la curiosidad y las cuestiones después de Jesucristo: no tenemos necesidad de otra ciencia alguna, recibido el Evangelio. Si creemos en él, nada más nos resta que averiguar; porque la primera verdad que creemos, nos enseña que no hay más que creer. (Tertuliano, lib. de las prescripciones contra los herejes, c. 8, sent. 24, Tric. T. 1, p. 202.)”

“El perfecto conocimiento que se tiene de Dios es saber que aunque no se puede ignorar su naturaleza, con todo eso, no se la puede explicar. Es preciso creerle y aplicarse a conocerle: es indispensable adorarle: sólo con estas obligaciones se puede explicar lo que se conoce de Dios. (S. Hilario, lib. 2, de Trinit., sent. 1, Tric. T. 2, p. 257.)”

“La infidelidad es locura, porque sirviéndose la sabiduría humana de su mismo sentido, que es imperfecto, y midiéndolo todo por las flaquezas de sus luces, imagina que no puede ser lo que ella no sabe ni conoce. De este modo nuestra flaqueza es causa de nuestra infidelidad, y no se cree lo que pensamos que es imposible, según nuestro conocimiento. (S. Hilario, lib. 3, sent. 2, Tric. T. 2, p. 257.)”

“La obstinación es una intención tomada por capricho, muchas veces es extremada, y el deseo de oponerse a todo cuanto nos resiste, jamás afloja cuando la voluntad no está sujeta a la razón, y cuando en

vez de tomarse el cuidado de instruirse, sólo se piensa en hallar razones para apoyar lo que se nos ha puesto en la cabeza, y hacer que cuanto se sabe sirva para defender lo que se desea. (S. Hilario, lib. 10, sent. 4, Tric. T. 2, p. 256.)”

“No debemos tener curiosidad alguna de saber las cosas que no nos pertenecen. (S. Basilio, Reg. 9, sent. 37, Tric. T. 3, p. 197.)”

“Conocer a Dios, es reconocer que nada es de lo que el espíritu humano puede conocer. (S. Greg. de Nisa, Vita Mor., sent. 2, Tric. T. 4, p. 113.)”

“Ninguno tiene disculpa por no saber cuando no se quiere instruir en lo que tiene obligación de entender. (S. Ambrosio, de Interpel. Job., c. 5, sent. 35, Tric. T. 4, p. 320.)”

“Así como la vida, aunque buena, es inútil cuando está junta con la doctrina del error, así la sana doctrina es inútil cuando se junta con una vida depravada. (S. Juan Crisóstomo, Homil. 66, Joann., sent. 88, Tric. T. 7, p. 316.)”

“La causa principal de las enfermedades espirituales viene de aquella vana curiosidad que inclina a los hombres a querer conocer las razones de todo cuanto sucede en el mundo, a penetrar la conducta de la Providencia inefable e incomprensible de Dios omnipotente, y a sondear con temeridad aquellos secretos que son inescrutables al entendimiento humano. (S. Juan Crisóstomo, lib. 1, in eos qui scandalizat. sunt., sent. 233, Tric. T. 6, p. 347.)”

“Jamás se deben examinar las razones de lo que Dios hace, por más que se turbe nuestro entendimiento: porque al Señor le toca mandar, y a los siervos obedecer. No puede decir la obra al que la ha formado: ¿Por qué me has hecho así? ¿Para qué es hacer esfuerzos queriendo penetrar los secretos de Dios? ¿No sabéis que de todo tiene cuidado, que es infinitamente sabio, que nada hace en vano, que no obra temerariamente, que os ama más que los padres que os han engendrado, y que los cuidados que tiene de vosotros exceden infinitamente a la ternura de un buen padre o de una buena madre? No busquéis, pues, las ocultas razones de su conducta; no paséis adelante, porque estas consideraciones deben ser suficientes para sosegar vuestro espíritu. (S. Juan Crisóst., Homil. 82, c. 11, Ep. ad Rom., sent. 283, Tric. t. 6, p. 358.)”

“Cuando obra Dios, es preciso que ceda la razón humana a la divina. (S. Juan Crisóst., Homil. 7, ad Tesalon., sent. 362, Tric. T. 6, p. 373.)”

“Nosotros no podemos dar razón suficiente de la formación de los frutos de la tierra, y siendo tan ignorantes, tenemos el atrevimiento de querer penetrar con insolente curiosidad los secretos de Dios. (S. Juan Crisóstomo, *ibid.*, sent. 363, *Tric. ibid.*, *ibid.*)”

“Cuando advertimos que no podemos comprender la razón de ciertas cosas, no tomemos pesadumbre, antes bien, apartando nuestro espíritu de aquel pensamiento, y reprendiendo su demasiada curiosidad, apoyémonos en esta verdad infalible, que no hay cosa que Dios no pueda hacer, y que no lo haga fácilmente cuando quiere. (S. Juan Crisóst., *ibid.*, sent. 364, *Tric. ibid.*, *ibid.*)”

“Yo les he entregado a Satanás para que aprendan a no blasfemar. Esto nos hace ver que es una especie de blasfemia querer examinar con la razón humana las cosas de Dios. Cuando se trata de juzgar de las cosas divinas, es muy débil y desproporcionada nuestra razón. (S. Juan Crisóst., *Homil. 5, ad Tinoth.*, sent. 366, *Tric. T. 6, p. 370.*)”

“No hay cosa más peligrosa, que juzgar de las cosas de Dios con los discursos humanos; porque desde el instante en que no nos apoyamos en el punto de la fe, caemos en el extravío y en la inconstancia del error, y nos abandona la verdadera luz. (S. Juan Crisóst., *Homil. 2, c. 1, Ep. ad Timoth.*, sent. 370, *Tric. T. 6, p. 380.*)”

“Los que gustan de la novedad, se empeñarán en nuevos errores, producirán todos los días opiniones nuevas, y formarán a cada hora nuevos dogmas: porque es propio de la malignidad del error no contenerse en sus límites. (S. Juan Crisóst., *Homil. 8, c. 3, ad Timoth.*, sent. 371, *Tric. ibid.*, *ibid.*)”

“El que quiere conocer todo lo que hay en Dios, y tiene la temeridad de querer penetrar lo que pertenece a la divina Esencia, ignora sin duda quien es Dios. (S. Juan Crisóst., *ibid.*, sent. 373, *Tric. ibid.*, p. 381.)”

“Estemos contentos con no saber sino lo que el Señor quiso que supiésemos. (S. Agust., *Psalm. 6, sent. 3, Tric. T. 7, p. 454.*)”

“La mayor ciencia del hombre consiste en conocer que por sí mismo es nada, y que todo cuanto es, le viene de Dios y para Dios. (S. Agust., *Psalm. 70, sent. 112, Tric. ibid.*, p. 465.)”

“Este nombre filósofo, significa el que ama la sabiduría: si Dios, pues, es la sabiduría, por la que todas las cosas fueron hechas, como lo enseñó la divina autoridad y verdad, el verdadero filósofo es el que ama a Dios. (S. Agust., *de civit. Dei, 18, c. 1, sent. 17, adic., Tric. T. 7, p. 484.*)”

“No es suficiente saber lo que se debe pensar de Dios: es necesario conformar su vida y sus costumbres a las leyes que nos dio, y aun imitarle en cuanto está de nuestra parte; esto es, aborrecer lo que El aborrece, y amar lo que El ama: este es el lenguaje de la Escritura. (Teodoreto, Discur. 12, sent. 8, Tric. T. 8, p. 263.)”

“¿De qué te servirá ser sabio si no lo eres para ti? (S. Bern., 2, de Consid., c. 9, sent. 6, Tric. T. 10, p. 322.)”

“No es de mi aprobación el que sabe muchas cosas, si ignora el modo de saber. (S. Bern., Sermon. 36, in Cant., n. 3, sent. 52, Tric. t. 10, p. 325.)”

“Hay algunos que quieren saber por sólo saber, y esto es curiosidad; hay otros que quieren saber por hacerse famosos, y esto es vanidad. (S. Bern., *ibid.*, sents. 53 y 54, Tric. T. 10, p. 325.)”

“Hay muchos que quieren saber para vender su ciencia, y este es un torpe lucro. Y hay también otros que quieren saber para edificarse a sí mismos, y esto es prudencia. (S. Bern., *ibid.*, sents. 55 y 56, Tric. *ibid.*, *ibid.*)”

“La erudición sin el amor de Dios, hincha y ensoberbece; pero el amor de Dios sin discreción, yerra. (S. Bern., Sermon. 69, in Cant., sent. 71, Tric. T. 10, p. 326.)”

“Aquel es grande, que cayendo en la tribulación, no cae de la verdadera sabiduría. (S. Bern., 2 de *consid.*, c. 12, sent. 81, Tric. T. 10, p. 327.)”

“Sabio es aquel que estima las cosas a proporción de su saber. (S. Bern., Ep. 7, n. 6, sent. 94, Tric. T. 10, p. 327.ç)”

“A los sabios sucede que en los casos de duda se fían más en el juicio ajeno que en el propio. (S. Bernardo. Ep. 62, sent. 113, Tric. T. 10, p. 329.)”

**Sacerdote.**— “¡Horrible crimen! Los judíos sólo una vez pusieron las manos sobre Cristo para hacerle morir: pero los malos Sacerdotes despedazan todos los días el Cuerpo sacratísimo. ¡Oh manos dignas de cortarse! Teman que se haya dicho por ellos en el Evangelio: Si tu mano te escandaliza, córtatela. En efecto, ¿qué manos merecerán mejor este castigo, que las que cometen un escándalo tan grave en todo el cuerpo de Jesucristo? (Tertuliano, lib. de la Idolatría, c. 7, sent. 17, Tric. t. 1, p. 200.)”

“Los que os llaman felices os inducen al error... Conviene, pues, que el Sacerdote de Dios no engañe con falaces obsequios, sino que provea de remedios saludables. Ignorante es el médico que toca, que



trata con suavidad las cavidades hinchadas de las heridas: pues aumenta el veneno cuando le conserva encerrado en la profundidad de las entrañas. La herida se ha de abrir y cortar, y después de haber cortado lo que estaba podrido, aplicar más fuerte medicina. Aunque el enfermo, impaciente con el dolor, de voces, clame y se queje, después dará las gracias en conociendo la sanidad. (S. Cipriano, lib. de Lapsis, sent. 10, adic., Tric. T. 1, p. 381.)”

“Es verdad que era permitido vivir para vosotros mismos antes de que os ordenasen, mas sabed, y no dudéis que después de ordenados ya estáis en la obligación de vivir para aquellos por quienes os ordenaron. (S. Atanasio, ad Dracont. Epist., sent. 2, Tric. T. 2, p. 171.)”

“Cuando no sepáis si un Sacerdote es o no digno del elevado ministerio que se le ha cometido, guardaos de despreciarle, pues esto sería obrar contra el precepto de Jesucristo: porque el oro, aunque tal vez esté cubierto de barro, no por eso pierde su esplendor y su belleza, ni recibe disminución alguna. (S. Efrén, de Sacerd., sent. 1, Tric. T. 3, p. 77.)”

“Bien puede el escultor en un día arrojar en el molde una estatua: pero ¿quién podrá en tan poco tiempo formar un hombre que fuese capaz de defender la verdad, de entrar en sociedad con los Angeles, de glorificar a Dios con los Arcángeles, de hacer que pasen sus sacrificios al altar supremo del Rey del cielo, de ejercer con Jesucristo la función del Sacerdocio, de restablecer en el hombre la obra de Dios, y retallar en el su santa Imagen, de trabajar en el mundo espiritual y celeste, que es la Iglesia, y, en fin, de pasar más allá de lo que acabo de decir, de tal modo, que sea como un Dios, que pueda hacer que los otros se conviertan al Señor? Yo se de quien somos Ministros, cuán bajo es el lugar que merecemos y cuán elevado es aquel Dios a quien enviamos nuestras ofrendas; y por último, yo se la grandeza de Dios y la pequeñez del hombre. (S. Greb. Nacianc., Orat. 1, sent. 5, Tric. T. 3, p. 352.)”

“En otro tiempo no era permitido indiferentemente a todo el mundo entrar en el templo, sino solamente a los que vivían en grande pureza de cuerpo y espíritu; y aún menos era permitido a todos pasar al santuario, ni mirar, ni tocar al velo, al propiciatorio, ni al arca, ni los querubines. ¿Cómo, pues, conociendo estas verdades, y que ninguno puede ser digno del gran Dios, del gran Sacrificio y del Santo Pontífice, si el mismo no está sacrificado a Dios, como una Hostia viva y santa, ni le ha presentado un culto espiritual que le sea agrada-

ble: cómo digo, conociendo estas cosas, podré yo tener audacia para ofrecerle este sacrificio exterior, este anticipo de los grandes misterios, y tomar la vestidura, nombre y dignidad de Sacerdote? (S. Greg. Nacianc., Orat. 1, sent. 6, Tric. T. 3, p. 352.)”

“Son indignos del Sacerdocio, cuyas funciones ejercen, los que no tienen las preparaciones convenientes: los que nada han padecido por el amor a la virtud; los que a un mismo tiempo se hacen discípulos y maestros de la piedad; los que se introducen a querer purificar a los otros antes de haberse purificado a si mismos; los que ayer eran profanos y hoy disponen de las cosas santas; los que son antiguos en el vicio, y nuevos en la virtud. Sois discípulos de un Señor que es benigno y bueno, y sufre nuestras flaquezas. si vuestro hermano resiste al principio, esperad con mansedumbre a que vuelva sobre sí; si resiste segunda vez, no desesperéis, porque aún no ha llegado el tiempo de sanar; si continúa en resistir tercera vez, imitad la paciencia de aquel Jardinero del Evangelio, suplicando al Supremo Señor que no arranque todavía ese árbol inútil e infructuoso, y que no le mire con ojos de aversión, sino que la pade, cultive y beneficie, esto es, que use de aquella corrección que se hace con la confesión y vergüenza pública. (S. Greg. Nacianc., Orat 26, sent. 41, Tric. T. 3, p. 358.)”

“Establezco como ley general para todos los que tienen el cargo de gobernar las almas, y son como los árbitros de la buena y sana doctrina, que no deben agriar ni turbar los espíritus con la excesiva dureza, ni tampoco hacerlos más insolentes y orgullosos con la demasiada relajación y condescendencia sino que es preciso que en todo lo que pertenece a la fe, obren con maduro y prudente consejo, para no dejarse llevar ninguno de los dos extremos. (S. Greg. Nacianc., Orat, 32, sent. 43, Tric. T. 3, p. 359.)”

“El bautismo que recibió Jesucristo a los treinta años antes de haber ejercido ninguna de las funciones de su ministerio, nos enseña que antes de gobernar a otros, debemos habernos purificado y obedecido con humildad a los superiores, y que ninguno se debe resolver a predicar antes de llegar a la edad madura y perfecta, así en el cuerpo como en el espíritu. (S. Greg. Nacianc., 39, sent. 46, Tric. t. 3, p. 359.)”

“Mejor es ceder las riendas del gobierno de nuestra salud a los que son excelentes en el arte, que ser imperitos conductores de otros y sujetar los justos oídos, que mover la lengua ignorante. (S. Greg. Nacianc., Orat. 1, sent. 1, adic., Tric. T. 3, p. 393.)”

“Con más gusto debéis aprender algo acerca de Dios, que enseñarlo: procediendo de modo, que dejando el examen exacto de estas cosas a los dispensadores de la divina palabra, debéis reverenciar al Señor, lo menos, con palabras, lo más con obras. (S. Greg. Nacianc., Orat., 2, sent. 2, adic., Tric. ídem, ídem.)”

“Si alguno está encargado del gobierno de otros, debe compadecerse mucho de sus culpas, y tener presente que aunque elevado en dignidad sobre ellos, no por eso es de otra naturaleza, y que así está expuesto a caer en las mismas faltas. Por lo cual, Moisés había ordenado que se sacrificase una víctima por el Sacerdote, para advertir que era pecador y que tenía necesidad de muchas expiaciones como los demás. (S. Greg. de Nisa, sent. 18, Tric. T. 4, p. 116.)”

“No seáis tan fáciles en separar los fieles de la comunión de la Iglesia, los que debéis suplicar al Señor que no los separe de ella, y no desesperéis tan prontamente de su corrección. Emplead vuestros cuidados, cavad al pie de esos malos árboles, con reprensiones vivas; fomentadles como en vuestro seno con caritativas exhortaciones; regadles con el agua de vuestros saludables documentos; aseguradlos con preceptos, como con unos fosos contra las avenidas de los enemigos de fuera. Hace empeño de aplacar en favor suyo la indignación del Juez Eterno: procurad merecer el nombre de consoladores, que es el que consiguió Nuestro Señor entre lo hombres cuando les hizo favorables al Padre divino. (S. Greg. íbid., sent. 19, Tric. íbid., íbid.)”

“Si ves que el Sacerdote, huele a preciosos ungüentos, que viste delicadas telas, que asiste a las abundantes y regaladas mesas, con razón diréis con las palabras del Evangelio: No conozco el árbol sacerdotal, porque no es éste su fruto. (S. Greg. de Nisa, Vit. de Moris, sent. 5, adic., Tric. T. 4, p. 358.)”

“De un modo vive el que está enfermo, y de otro el que está sano: el sano vive a su arbitrio, va donde quiere, desempeña libremente cualquier empleo y obligación; en enfermo está postrado en un estrecho aposento distante de la comunicación y retirado de ocupaciones. El que antes de deleitaba en los magníficos convites, ahora se sustenta con un poco de pan y agua. Esto sucede al que ha perdido la salud corporal: tú, pues, que estás enfermo en el alma ¿por qué no acudes al Médico? ¿Por qué con la confesión no le manifiestas tu enfermedad? ¿Cómo sufres que te vaya consumiendo y que se vaya inflamando? Vuelve alguna vez sobre ti, y concórete. Ofendiste a Dios, tienes irritado a tu Criador, al que tiene potestad sobre la vida presente, y es el



Señor y el Juez de la que está por venir. (S. Greg. de Nisa, in Eccles. H. 2, sent. 11, adic., Tric. T. 4, p. 360.)”

“Explora cuidadosamente cuál es tu enfermedad; siéntela con el mayor dolor que te sea posible; haz que los hermanos se conduelan contigo; escoge un Sacerdote por padre que tome parte en tu aflicción. Tanto se entristece el Sacerdote por el pecado del que recibe por hijo en atención a la religión, como David cuando lloró la muerte de Absalón, y como Moisés por el pueblo impío que había formado el becerro. Por lo que debes tener más confianza en el que te engendró para Dios, que en los que te dieron la vida del cuerpo. No te detengas en manifestarle lo más oculto; descubre al médico las heridas más secretas de tu alma, que él cuidará de tu honra y tu salud. Más sienten los padres la deshonra de sus hijos, que los mismos hijos. (S. Greg. de Nisa, ibid., sent. 12, adic., Tric. T. 4, p. 361.)”

“Los pecados se perdonan en la Iglesia por la virtud de la palabra de Dios, se perdonan por medio del Sacerdote y por su sagrado ministerio. (S. Ambrosio, lib. 2, c. 3, sent. 11, Tric. T. 4, p. 315.)”

“El ministro de los sagrados altares debe estar distante de la causa de sus padres: para inspirar esta separación a los levitas, dijo el verdadero Príncipe de los Sacerdotes, Nuestro Señor, en su Evangelio: ¿Quién es mi Madre, y quiénes son mis hermanos? (S. Ambrosio, de fug. saecul., c. 2, sent. 25, Tric. T. 4, p. 318.)”

“Los Profetas de Dios y los Sacerdotes no deben reprender temerariamente a los Príncipes cuando no han cometido aquellos grandes pecados que es preciso reprender. Pero si hubiesen incurrido en éstos, me parece que no debe ahorrarse con ellos el Obispo, sino procurar que la reconvención sea conveniente a su culpa. (S. Ambrosio, in Psalm. 39, sent. 48, Tric. T. 4, p. 322.)”

“El verdadero Ministro del altar, para Dios nació y no para sí: porque la palabra Leví, significa es mío, para mí está particularmente destinado, o lo que es lo mismo, está escrito para mí. (S. Ambrosio, in Psalm. 118, sent. 62, Tric. T. 4, p. 325.)”

“No se tasa la gracia de Dios a precio de plata: por lo cual no debe el Sacerdote pretender el provecho temporal en la administración de los sacramentos, sino sólo el cumplimiento de su obligación; y no es suficiente que él esté distante de querer sacar para sí una sórdida ganancia, es preciso también que procure impedirla en sus parientes y criados; no debéis contentaros con tener las manos limpias de un tráfico semejante, es necesario que también lo estén los de toda vuestra casa. (S. Ambrosio, lib. 4, in c. 4, sent. 79, Tric. T. 4, p. 329.)”



“No hemos de ser ni con exceso difíciles, ni con exceso fáciles en conceder a los pecadores el perdón de sus faltas, no sea que la muy austera severidad los espante, o que la relajación excesiva les de ocasión de pecar. (S. Ambrosio, lib. 8, in c. 17, sent. 87, Tric. t. 4, p. 330.)”

“Vuestra separación, dada con caridad y dulzura, es mucho más útil que la que va acompañada de acrimonia y enojo: la primera inspira vergüenza, la segunda excita la indignación. Mejor es tener oculto lo que teme que se descubra aquel a quien corregimos: porque vale más que nos tenga por amigos, que por enemigos. (S. Ambrosio, *ibid.*, sent. 88, Tric. T. 4, p. 330 y 331.)”

“Es voluntad de Dios que el eclesiástico proceda con prudencia en el cuidado de su salud, para no debilitarla con austeridad excesiva, de suerte que tenga que recurrir a los médicos. Procederá, pues, en este particular con moderación, para poder adelantarse en las sagradas órdenes hasta hacer a Dios el servicio que ha empezado, en vez de tener que retroceder por la imprudencia de su conducta. No dudo que la falta de moderación en las austeridades que nos hacen enfermar, nos ponen en inquietudes, y cuidados de nuestra salud, que nos impiden la debida aplicación a los ejercicios divinos. (S. Ambrosio, in c. 5, ad Timoth., sent. 103, Tric. T. 4, págs. 333 y 334.)”

“Así como no creía Naamán Siro, que la lepra pudiera curarse con solo el agua, así también no parecía posible que se pudiesen perdonar los pecados por la penitencia. Pero Jesucristo dio este poder a sus Apóstoles, y la misma potestad ha pasado de los Apóstoles al ministerio de los Sacerdotes. (S. Ambrosio de Poenint., lib. 2, c. 2, sent. 110, Tric. T. 4, p. 336.)”

“Para hablar de las cosas de Dios, debe el discurso ser puro, sencillo, claro, grave y sólido: también debe ser sin afectación de elocuencia, mas no debe carecer absolutamente del agrado y de la gracia. (S. Ambrosio, de Doctrin. fidei, sent. 125, Tric. T. 4, p. 339.)”

“En las conversaciones de los eclesiásticos me parece que no sólo deben desterrarse los discursos demasiado libres y disolutos, sino también los juegos y las chanzas: mas no reprendo que alguna vez se pueda mezclar lo divertido y agradable sin herir la honestidad. (S. Ambrosio, *ibid.*, c. 23, sent. 126, *ibid.*, *ibid.*)”

“Es muy laudable liberalidad el no abandonar a los parientes necesitados: pues es muy justo asistir a los que tendrían vergüenza de buscar el socorro entre los extraños. No porque sea bueno enriquecer-

los con lo que pudiera servir para aliviar la necesidad de los pobres: porque no os habéis entregado a Dios para enriquecer a los parientes, sino para conseguir la vida eterna en el fruto de las buenas obras. (S. Ambrosio, *ibid.*, c. 30, sent. 128, *Tric. ibid.*, *ibid.*)”

“El que se consume con la enfermedad de sus propios pecados, no está en estado de conferir a los otros los remedios de la salud inmortal. Mirad bien, ¡oh Sacerdotes! lo que hacéis, no tengáis el santo cuerpo de Jesucristo con una mano trémula con la fiebre de una pasión; curaos antes de pensar en administrarle. Si Jesucristo ordenó a los que habían estado leprosos, que se presentasen a los Sacerdotes, ¡cuán puros deberán ser los Sacerdotes! (S. Ambrosio, de *Viduis*, sent. 143, *Tric. T. 4*, p. 343.)”

“En nada deben ser los Sacerdotes como el resto del pueblo, ni en los deseos y pensamientos, ni en el modo de vivir, ni en las costumbres. La dignidad sacerdotal les obliga a otra vida más seria, a otra gravedad y a otra piedad más sólida. A la verdad, ¿qué hallará el pueblo que observar y que imitar en el que no sobresalga en virtud al común de las gentes? ¿Qué admirará en vosotros si solamente ve lo que hay en él? Si no halla cosa en que le excedáis, o si le están dando en rostro, en el que miraba como digno de su respeto, los mismos defectos que le avergüenzan en sí mismo. (S. Ambrosio, *Epist. 6*, lib. 1, sent. 154, *Tric. t. 4*, p. 345.)”

“Yo castigo mi cuerpo, para que no suceda que predicando a los otros, sea yo mismo reprobado. Luego aquellos que no castigan su cuerpo y quieren predicar a otros, serán reprobados de Dios. (S. Ambrosio, *Epist. 82*, sent. 160, *Tric. T. 4*, p. 347.)”

“El Sacerdote debe ser como Melquisedech, sin padre y sin madre; y no se ha de elegir en él la nobleza de la sangre, sino la excelencia de las costumbres y el resplandor de la virtud. (S. Ambrosio, *Epist.*, 82, sent. 163, *Tric. T. 4*, p. 347.)”

“Tanto debe aventajarse la vida de un Sacerdote a la del común de los fieles, cuanto su gracia y dignidad excede a la de los otros; y el que sujeta y obliga a los demás con sus preceptos, debe primero saber guardar en sus acciones los preceptos, que Dios le ha impuesto. (S. Ambrosio, *ibid.*, sent. 164, *Tric. ibid.*, p. 348.)”

“Sigamos al Príncipe de los Sacerdotes del modo posible, para ofrecer sacrificio por el pueblo. Aunque de poco necesita, merecemos mucha honra por el sacrificio: porque aunque ahora parece que no le ofrece Cristo, El mismo se está ofreciendo en la tierra, cuando se

ofrece el cuerpo de Jesucristo, y aun se manifiesta que El es el que se ofrece en nosotros; pues con sus palabras se consagra lo que se ofrece. (S. Ambrosio, in Psalm. 35, sent. 28, adic., Tric. t. 4, p. 402.)”

“Con grande cuidado debemos elegir a los que se han de hacer cargo de gobernar la casa de Dios: porque si para administrar las cosas temporales se buscan sujetos idóneos, cuánto más se habrá de procurar que lo sean los que han de dispensar las celestiales. (S. Ambrosio, in Epist. ad Rom., c. 7, sent. 41, Tric. T. 4, p. 406.)”

“Hay muchos que siendo dignos, se excusan teniéndose por inhábiles para tan alto ministerio: pero en esto se ve que son dignos. (S. Ambrosio, in Epist. ad Phil., sent. 42, adic., Tric. ibid., ibid.)”

“Mucho conviene que el Sacerdote adorne el templo de Dios, para que aun en este exterior culto resplandezca el palacio de Dios. (S. Ambrosio, de Doct. fid., c. 21, sent. 45, adic., Tric. T. 4, p. 407.)”

“Dios me guarde de decir mal de los que, sucediendo en la dignidad del Apostolado, forman todos los días el cuerpo de Jesucristo con sus sagradas bocas; de aquellos por cuyo ministerio nos hicimos cristianos; de los que, habiendo recibido en depósito las llaves del reino celestial, nos juzgan de algún modo antes del día del juicio, y conservan con una castidad acompañada de prudencia a la santa Esposa de Jesucristo. (S. Jerón., Ep. ad Heliod., c. 14, sent. 4, Tric. T. 5, p. 239.)”

“Porque la palabra griega Clero, significa en latín suerte o porción, se llaman Clérigos, los que son de la porción o suerte del Señor, o aquellos a quienes el mismo Señor ha tocado por suerte. Estos, pues, deben hacerse dignos de poseer a Dios, o de que Dios los posea. Y así, el que, poseyendo al Señor, puede exclamar con el Profeta: El Señor es mi porción, sólo a El debe poseer: pues si posee otra cosa, no se podrá decir de éste con toda verdad que el Señor es su porción. (S. Jerón., Ep. ad Nepot. 52, sent. 5, Tric. T. 5, p. 239.)”

“Es preciso que las gentes del mundo nos hallen más prontos para consolarlas en sus aflicciones, que para ir a comer y alegrarnos con ellas en el tiempo de la prosperidad. Es muy cierto que desprecian al eclesiástico que jamás se excusa de ir a comer con ellas cuando le convidan. Por lo cual nunca vayamos por nosotros mismos. Debemos ir rara vez, aun cuando nos rueguen. (S. Jerón., Ep. ad Nepot. 52, sent. 8, Tric. T. 5, p. 240.)”

“Los que predicán la continencia, no se deben mezclar en casamientos. (S. Jerón., ibid., sen. 9, Tric. ibid., ibid.)”



“Los profetas falsos siempre prometen cosas agradables que gustan por algún tiempo. La verdad, por el contrario, es amarga y parece que los que la predicán están llenos de amarguras, porque la Pascua del Señor que se celebra con los panes ácidos de sinceridad y verdad, se ha de comer con yerbas amargas. (S. Jerón., *advers. Jovin.*, lib. 1, sent. 38, Tric. T. 5, p. 245.)”

“No basta que el Sacerdote viva exento de pecado: debe estar tan adornado de virtudes, que siempre esté ocupado en las cosas santas y pronto a ofrecer el sacrificio por el pueblo. Es como el mediador entre Dios y el hombre, y tiene potestad para formar con su sagrada boca la carne del Cordero divino. (S. Jerón., *Ep.* 56, *ad Fab.*, sent. 56, Tric. T. 5, p. 248.)”

“Yo te he constituido para que arranques y destruyas, para que edifiques y plantes. No se puede edificar el bien hasta haber destruido el mal, ni plantar en la tierra árboles buenos hasta haber arrancado los malos. (S. Jerón., in *Joann.*, c. 1, sent. 62, Tric. T. 5, p. 249.)”

“Los que quieren ser príncipes de los pueblos, tengan bien entendido que en el día del juicio han de dar cuenta a Dios, no solamente de sí mismos, sino también por todo el rebaño que estuvo sujeto a su conducta. (S. Jerón., lib. 3, in c. 12, sent. 64, Tric. T. 5, p. 249.)”

“Los malos Sacerdotes son la causa de la perdición de los pueblos. (S. Jerón., lib. 2, c. 4, sent. 72, Tric. T. 5, p. 251.)”

“Retiraos, dicen los pastores soberbios, no tengáis la osadía de pretender algún comercio con nosotros. Son incurables vuestras llagas. Jamás palabras semejantes iluminarán a los ciegos, ni sanarán a los enfermos, ni darán fuerza a los flacos, antes bien, acabarán de quitar la vida, y precipitarán en la desesperación a los que ya titubean. Por el contrario, los buenos pastores procurarán sacar los pecadores de su extravío con suavidad y humildad. Procurarán, digo, no arrojar con la excesiva aspereza al principio de la perdición a los que ya bambolean y están para caer. (S. Jerón., in *lament. Jesum.*, lib. 2, sent. 73, Tric. t. 5, p. 251.)”

“¿Puede haber cosa comparable a la honra del Sacerdocio? El cielo saca la principal autoridad de sus juicios, de los que se hacen en la tierra. Estos jueces espirituales tienen su tribunal en la tierra, y el mismo Señor sigue las decisiones de sus siervos, y ratifica en lo más alto del cielo cuanto han juzgado ellos en esta baja región del mundo. El Sacerdote está como en medio de Dios y el hombre para traernos los beneficios que Dios nos envía, y para presentarle las peticiones



que le hacemos; para reconciliarnos con el, para desarmarle en su ira y para apartar de nosotros sus castigos cuando le hemos ofendido. (S. Juan Crisóstomo, Homil. 5, in Isaiam, sent. 160, Tric. t. 6, p. 330.)"

"Ha dado Dios a los hombres que habitan en la tierra el poder de administrar las cosas del cielo, lo que no concedió a los Angeles ni a los Arcángeles. Porque a éstos no los dijo: Todo cuanto ataréis sobre la tierra, quedará atado en el cielo, y todo cuanto desataréis en la tierra, será desatado en el cielo. Los príncipes y soberanos del mundo pueden atar y desatar, pero esto es sólo respecto del cuerpo: las ataduras que puso Jesucristo en manos de los Sacerdotes, llegan a las almas y hasta el cielo, de suerte, que cuanto ordenan los Sacerdotes en la tierra, se ratifica en el cielo, confirmando Dios los juicios que hicieron acá sus siervos. (S. Juan Crisóst., lib. 3, de Sacerd., sent. 163, Tric. T. 6, p. 331.)"

"Aquí no se trata de conducir soldados, ni gobernar un reino, sino de un ejercicio que pide virtud angélica para la buena administración: porque el alma de un Sacerdote debe estar más pura que los rayos del sol. (S. Juan Crisóst., lib. 6, de Sacerd., sent. 164, Tric. T. 6, p. 331.)"

"No solamente debe estar el pastor puro y limpio de toda mancha para ser digno de emplearse en tan altos misterios: además de esto es necesario que sea prudente, de grande experiencia, adornado de sabiduría y conocimiento de todo cuanto pertenece el mundo, como también de los que están más metidos en él. También es preciso que haya adquirido tal fortaleza en el alma, que ya no viva en medio del mundo con menos seguridad que los solitarios en los montes y en lo más retirado de los desiertos. (S. Juan Crisóst., lib. 6, de Sacerd., sent. 165, Tric. T. 6, p. 332.)"

"Hacer capitanes de los soldados de Jesucristo a los que son incapaces de gobernarlos; ¿no es esto hacer capitanes de los que son soldados del diablo? Porque cuando aquel que ha de disponer en batalla los soldados espirituales de Jesucristo, armarlos y animarlos a pelear es el más flaco de todos, se puede decir que entrega a su enemigo aquellos que estaban confiados a su fe: y que de este modo hace el oficio de capitán para servir al demonio y para servir a Jesucristo. (S. Juan Crisóst., *ibid.*, sent. 166, Tric. *ibid.*, *ibid.*)"

"A nosotros nos corresponde cumplir con nuestra obligación, aun cuando los otros no quieran sacar utilidad de nuestras diligencias, y cuidados. (S. Juan Crisóst., Adv. vituper, vit. monastic., lib. 3, c. 20, sent. 178. Tric. T. 6, p. 335.)"

“No hablo temerariamente: lo digo con la sinceridad que pienso y según estoy persuadido. No creo que haya entre los sacerdotes muchos que se salven, y pienso que habrá muchos más que se han de perder. La razón es, porque pide esta dignidad un alma muy elevada.. Pues los Sacerdotes están expuestos a una infinidad de tentaciones que los pueden sacar del camino que deben seguir. (S. Juan Crisóst., Homil. 3, in Act., Aposto., sent. 260, Tric. T. 6, p. 354.)”

“Dice el Apóstol a los Presbíteros de Efeso: Yo estoy puro e inocente por vuestra parte, porque no he dejado de anunciaros todas las voluntades de Dios. Cualquiera, pues, que no las anuncie, es reo de la sangre de sus súbditos. ¡Puede haber cosa más terrible! (S. Juan Crisóst., Homil. 44, sent. 278, Tric. T. 6, p. 357.)”

“¡Oh pastor indigno! ¿Puedes ignorar la dignidad del rebaño que esta a tu cargo? ¡No consideras cuánto hizo por él tu mismo Señor! ¿No derramó su sangre por salvarle? ¡Y tú, miserable, solamente buscar tu descanso! (S. Juan Crisóst., Homil. 29, sent. 298, Tric. T. 6, p. 363.)”

“Sea verdad o mentira el mal que decimos de los Sacerdotes, sólo por hablar de ellos, nos hacemos agravio a nosotros mismos. Porque aun cuando fuese verdad, no dejaríamos de pecar, juzgando a los que Dios nos ha puesto por superiores, y perturbando de este modo el orden de la disciplina. Porque si no es permitido juzgar al menor de nuestros hermanos, mucho menos lo será juzgar a nuestros superiores y Prelados: y si lo que decimos es falso, es incomprensible el riguroso castigo que merecemos. (S. Juan Crisóst., Homil. 9, in Ep. ad Philip., sent. 353, Tric. t. 6, p. 377.)”

“No sucede con los eclesiásticos lo que con los pobres: porque si halláis un hombre que diga que es Presbítero o de otro orden inferior, en este caso debéis examinar la verdad curiosamente. (S. Juan Crisóst., Homil. 11, c. 6, ad Hebr., sent. 380, Tric. ibid., p. 382.)”

“Aunque los Sacerdotes sean malos, por ellos lo hará Dios todo, y enviará el Espíritu Santo: porque no es el alma pura la que por su propia pureza atrae el espíritu: la gracia de Dios es la que obra todas las cosas. Omnia própter vos, sive Paulus, sive Apollo, sive Caeph. (S. Juan Crisóst., ibid., sent. 10, adic., Tric. ibid., p. 454.)”

“Si todos nosotros somos ministros de nuestro Salvador, y si se nos ha confiado el ministerio de la predicación, ¿por qué no estamos unidos todos a él, queriendo los intereses de Jesucristo? (S. Cirilo, Alejand., Homil. 3, sent. 14, Tric. T. 8, p. 100.)”

“Somos el campo que cultiva Dios, y el edificio que construye: nada es el que planta ni el que riega, sino Dios que da el incremento. No obstante, nos pide la servidumbre de nuestro ministerio, y quiere que dispensemos sus dones, para que el que lleva la imagen de Dios, haga la voluntad de Dios. Por esto decimos sagradamente en la oración del Señor: “Venga a nos el tu reino, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo.” ¿Qué pedimos en estas palabras, sino que Dios sujete a si el que todavía no ha sujetado, y que haga en la tierra a los hombres ministros de su voluntad como a los ángeles en el cielo? Cuando esto pedimos, amamos a Dios y al prójimo, y no tenemos diferente amor, sino uno mismo, siempre que deseamos que sirva el que debe ser siervo, y que sólo el Señor mande. (S. León, Papa, Serm. 90, c. 39, sent. 70, Tric. *ibid.*, págs. 400 y 401.)”

“El que enseña, debe atender a no predicar más que lo que el auditorio puede entender. Pues debe descender hasta ajustarse con la flaqueza de los oyentes. El que anuncia a los pequeñuelos cosas sublimes, que por lo mismo no les han de aprovechar, más pretende hacer ostentación de sí, que ser útil a los que le escuchan. (S. Greg. el Grande, lib. 20, Mor., c. 2, sent. 2, *adic.*, Tric. T. 9, p. 379.)”

“Según la calidad de los oyentes debe ser el sermón de los predicadores, y de suerte, que a cada uno le sea útil para lo que en particular necesita, pero sin apartarse del arte de la edificación común. (S. Greg. el Grande, lib. 30, Mor., c. 4, sent. 4, *adic.*, Tric. T. 9, p. 399.)”

“El que asciende al sacerdocio, entra en el oficio de pregonero de Dios, para que vaya clamando antes de la venida del Juez que le va terriblemente siguiendo. Si el Sacerdote, pues, no sabe predicar, ¿cómo podrá dar clamores un pregonero mudo? Por esto se puso el Espíritu Santo sobre los primeros pastores en figura de lenguas, porque hacen que hablen de este divino Espíritu los que una vez llegó a llenar de si. Escrito está; de las campanillas del Sumo Sacerdote, para que cuando entre en el santuario se oiga el sonido, y no muera. Porque muere el Sacerdote, si cuando entra o sale no se oye su voz, y porque provoca la ira del Juez oculto, si llega sin el sonido de la predicación. (S. Gregorio el Grande, Part. 2, c. 4, sent. 10, *adic.*, Tric. T. 9, p. 381.)”

“La plática de la doctrina no entra en el entendimiento del necesitado, si no llega a su alma la recomendación del sermón por mano de la misericordia. Cuando la piedad del predicador riega la semilla de la palabra en el pecho del oyente, brota con facilidad. (S. Greg. el Grande, *ibid.*, c. 7, sent. 11, *adic.*, Tric. T. 9, *ibid.*)”



“En el uso de la razón no se hallan las palabras de doctrina, sino en la perfecta edad. Por lo que el Señor, que estaba sentado a los doce años de su edad en medio de los doctores y en el templo, no quiso que se hallaran enseñando, sino preguntando: para que los hombres no se atreviesen a predicar en la corta edad, se dignó de preguntar a los hombres en la tierra cuando tenía doce años, el que por su divinidad está siempre enseñando a los Angeles en el cielo. (S. Greg. el Grande. Homil. 2, nep. Exeq., sent. 21, adic., Tric. ibid., p. 386.)”

“Me parece, hermanos, que no tolera Dios mayor perjuicio que el que padece de los Sacerdotes; cuando ve que dan ejemplo de perversidad los que el tiene puestos para la corrección de los otros, cuando pecamos los que debiéramos contener los pecados. (S. Greg., el Grande, Homil. 7, sent. 26, adic., Tric. ibid., p. 388.)”

“Lo que predicáis con las palabras, cumplidlo con las obras. Haced antes de enseñar. Cuidado no suceda que instruyendo a los otros, y ayundándolos a levantar de sus caídas, os las haga dar más peligrosos la soberbia y el deseo de la vana estimación. (S. Anselmo, Exhort. ad contemptum temporalium, sent. 28, Tric. ibid., p. 346.)”

“El que no tiene la facilidad de agradar, no puede reconciliar ni aplacar. (S. Bern., de Convers. ad Cle., c. 33, sent. 18, Tric. T. 10, p. 323.)”

“El pastor docto, pero que no es bueno, no aprovecha tanto con su abundante doctrina, cuanto perjudica con lo estéril de su vida. (S. Bern., serm. 76, in Cant., n. 10, sent. 29, Tric. ibid., ibid.)”

“Al buen pastor no le pertenece buscar sus intereses, sino expedirlos. (S. Bern., de Consid., c. 2, sent. 47, Tric. ibid. ibid.)”

“¿Qué espera aquel, cuya vida es despreciable, sino que también desprecien su predicación? (S. Bern., Serm. 1, sent. 100, Tric. ibid. p. 328.)”

“No puede excusar la ignorancia al que hace profesión de ser Maestro de la Ley. (S. Bern., Tract. ad Cler., c. 5, n. 15, sent. 104, Tric. ibid., ibid.)”

“El que no apacienta sus ovejas, es indigno de disfrutar de la leche y de la lana. (S. Bern., ibid., n. 20, sent. 105, Tric. ibid., ibid.)”

“¡Ay de ti, clérigo y ministro del altar! La muerte está escondida en esos platos regalados, porque comes los pecados del pueblo. (S. Bern., ibid., sent. 106, Tric. ibid., ibid.)”

“El que envía las ovejas al pastor sin persona que las guarde, no es pastor de ovejas, sino de lobos. (S. Bern., Serm. 77, in Cant., sent. 134, Tric. ibid., p. 330.)”



“Las chanzas en la boca del seglar, son chanzas; pero en la del Sacerdote, son blasfemias. (S. Bern., lib. 2, de Consid., c. 15, sent. 137, Tric. *ibid.*, *ibid.*)”

“Razón es que el que sirve al altar, viva del altar. Se te concede, pues, que si sirves bien, vivas del altar; pero no lasciviar ni ensoberbecerte con los dineros del altar para que compres fresnos de oro, sillas bordadas, plateadas espuelas con remates purpúreos, pieles de varios colores para adornar el cuello y las manos. Por último, todo cuanto retengas de las rentas del altar, fuera del alimento necesario, y el vestido sencillo, no es tuyo, es rapiña, es sacrilegio. Contentémonos, pues, con vestidos que nos cubran, no que nos hagan lucir o ensoberbecernos, no con los que procuremos parecernos o agradar a las mujercillas. Me dirás: Esto mismo hacen aquellos con quienes hábito; y si yo no hago lo que todos, me notarán de singular. Por esto te digo que salgas de entre ellos para no vivir notado y señalado en la ciudad, o perecer con el ejemplo de los otros. (S. Bern., Epist. 2, ad Fulc. puer., sent. 4, adic., Trib. *ibid.*, págs. 345 y 346.)”

“No basta que el que se encarga del gobierno de otros, no sea de mala vida: es preciso que sea de una eminente virtud, y que su mérito sea superior a su dignidad; que no fije límites a los deseos de elevarse sin cesar a más alto grado de perfección; que no mire tanto como ventaja el progreso en la virtud, cuanto como pérdida el haberse descuidado en algo, y que no se persuada ninguno a que es una grande honra en él exceder en mérito al común del pueblo, sino que considere como vergonzoso el no ser digno del ministerio de que está encargado. (S. Greg. Nacianc., sent. 2, de Orat., Tric. T. 3, p. 351.)”

**Sacrilegio.**— “Es impiedad hacer pedazos un cáliz consagrado: pero todavía lo es mucho más hacer injuria a la sangre de Jesucristo que se contiene en el cáliz. (S. Atanasio, sent. 24, Tric. T. 2, p. 177.)”

“Los Angeles, que son tan puros, sirven a Dios con temblor; y cubriéndose el rostro, no se atreven a mirarle; y ¡vosotros, siendo impuros e impenitentes, no tembláis, y os acercáis con desvergüenza a los santos misterios! Aunque a los ojos de los hombres parezca que recibís bien la Eucaristía. ¿cómo responderéis a Dios, que penetre el fondo de los corazones? Dejad, pues, de veras el pecado, hermanos míos: lloradle; limpiad con cuidado el vaso de vuestra conciencia, sucio con la iniquidad; haced una firme resolución de no pecar más, y esperad que Dios os ha de sanar, porque es el Dios de los penitentes. (S. Efrén, Dignit. div. myst., sent. 2, Tric. T. 3, págs. 77 y 78.)”

“No solamente aquel que estando impuro de cuerpo y de espíritu se acerca indignamente a los santos misterios, se merece la horrible condenación, sino también el que los recibe inútilmente y con negligencia. (S. Basilio, c. 3, sent. 24, Tric. *ibid.*, p. 194.)”

“No puedo oír con paciencia, un sacrilegio. He leído el celo de Finés, el rigor de Elías, la severidad de San Pablo que cegó al mago Elimas. Lo que es piedad para con Dios, no es crueldad. (S. Jerón, ad Ripar., Ep. 109, sent. 6, adic., Tric. t. 5, p. 353.)”

“Cualquiera que bebiere el cáliz del Señor indignamente será reo de la sangre de Señor. Y ¿por qué esto? Porque ha derramado esta misma sangre, y porque lo que ha hecho comulgando, más bien ha sido un deicidio que un sacrificio: pues el que se acerca indignamente a la comunión, y por consiguiente, no recibe futuro alguno, es semejante a los que penetraron el sagrado cuerpo del Señor, no para beber su sangre, sino para derramarla. (S. Juan Crisóst., Homil. 27, c. 11, sent. 312, Tric. T. 6, p. 367.)”

“El es la sabiduría de Dios, que dice: El que me come, todavía tendrá hambre, y el que me bebe, aún tendrá sed. Mas ¿cómo podrá tener hambre y sed de Jesucristo el que cada día se llena de las bellotas de los cerdos? No puede alguno beber al mismo tiempo el cáliz de Jesucristo y el cáliz del demonio. El cáliz de los demonios, es la soberbia; el cáliz de los demonios, es la murmuración y la envidia; el cáliz de los demonios, es la crápula y la embriaguez: vicios que si llenan tu alma o tu vientre, no dejan en ti lugar a Jesucristo. (S. Bern., Ep. 2, ad Fulc. puer., sent. 3, adic., Tric. T. 10, p. 345.)”

“Los judíos no pusieron más que una vez la mano sobre Jesucristo, dice Tertuliano, y el profanador la coje y la ata cada vez que comulga indignamente. (De Joel., c. 7, Barbier, T. 4, p. 494.)”

“¿Quién será bastante impío, dice San Agustín, para tener la audacia de acercarse al sagrado altar con las manos manchadas? (Serm., 244, de Temp., Barbier, *ibid.*, *ibid.*)”

“Los que profanan el cuerpo de Jesucristo que reina en el cielo, dice el mismo Santo Padre, pecan más gravemente que los que le crucificaron mientras estaba en la tierra. (In Psalm. 67-22, Barbier, *ibid.*, *ibid.*)”

“Los profanadores del cuerpo y de la sangre de Jesucristo, son peores que Judas, dice San Bernardo. Judas entregó al Salvador a los judíos. Ellos le entregan al demonio colocando su adorable cuerpo en un lugar sometido a su poder, es decir, en su cuerpo y en su corazón. (Serm. 45, c. 3., Barbier, *ibid.*, *ibid.*)”

“Cuando queráis pecar, dice el mismo melifluo doctor, buscad otra lengua distinta de la que está enrojecida con la sangre de Jesucristo. (Serm. in die Passionis, Barbier, *ibid.*, *ibid.*)”

“El que comulga indignamente, comete un crimen mayor que si arrojase al santo Sacramento en una cloaca, dice San Vicente Ferrer. (Conc. de Copror Christi, Barbier, *ibid.* *ibid.*)”

“Judas, dice el Evangelio, se fue a encontrar a los príncipes de los Sacerdotes, y les dijo: ¿Qué queréis darme, y yo os lo entregaré? Le prometieron treinta monedas de plata, y desde aquel momento buscó la ocasión de entregárselo. (Matth., c. 26-13, 15, 16, Barbier, *ibid.*, p. 495.)”

“El mismo pacto hace con Satanás el profanador sacrílego, diciéndole: Dame un placer impuro, estas riquezas, o esta venganza, y te entregaré a mi Dios. La traición de Judas se convirtió en bien para la salvación del mundo; pero la comunión sacrílega e indigna no sirve más que para regocijar al infierno. (*Ibid.*, *ibid.*, *ibid.*)”

“Hay uno de vosotros que es un demonio, dijo Jesucristo a sus discípulos hablando de Judas. Ex vobis unus diabolus est. (Joann, 6-71, Barbier, T. 4, p. 495.)”

“El que comulga teniendo el pecado mortal en el corazón, es peor que un demonio, dice San Crisóstomo. (Homil, ad pop. Barbier, *ibid.*, *ibid.*)”

“El demonio entre enteramente en el traidor sacrílego, dice San Isidro. (Epist. *ibid.*, *ibid.*, *ibid.*)”

“¡Desgraciado de aquel que venderá al Hijo del hombre! Mejor fuera para él mismo que tal hombre no hubiese nacido. El que come y bebe indignamente, come y bebe su condenación, dice San Pablo (Barbier, T. 4, p. 496.)”

**Sagrada Escritura.**— “Si me presentan un lugar de la Escritura que parezca contrario a otro, como sé que no hay en ella contradicción, confesaré prontamente que no entiendo lo que dice, y procuraré persuadir a todos que sigan esta opinión. (S. Justino, Diálogo con Trifón, n. 65, sent. 1, Tric. T. 1, p. 62.)”

“El libro de los Salmos merece particular consideración entre otros, porque cada uno de los otros libros santos contiene una materia que le es propia; pero el de los Salmos es como un paraíso y un jardín, abundante que lleva todo género de frutos. En efecto, además de lo que en este libro se aprende todo cuanto está esparcido en todos los demás en la Escritura, tiene todavía una ventaja singular, y es que en



ellos se descubren todos los movimientos que pasan en nuestra alma, y que de él podemos sacar las palabras que nos convienen, y la enseñanza de lo que debemos hacer o decir para curar nuestros males espirituales. (S. Atanasio, ad Marcell., Ep. sent. 3, Tric. T. 2, p. 171.)”

“Toda la Escritura es inspirada de Dios y útil, porque ha sido escrita por movimiento del Espíritu Santo, para que cada uno pueda escoger en ella como en un almacén público destinado a la salud de las almas, los remedios convenientes y propios para sanar de su enfermedad particular. (S. Basilio, Homil. in Psalm. 1, sent. 2, Tric. T. 3, p. 190.)”

“En la Escritura, los libros de los Profetas nos dan enseñanzas diferentes de las que dan los libros históricos: los libros de la Ley nos dan otras, y otras también los de los Proverbios: pero el libro de los Salmos contiene sólo cuanto hay útil en todos los demás libros de la Escritura para toda suerte de personas. Profetizan los Salmos con toda certidumbre lo porvenir; refieren históricamente lo pasado; dan leyes para vivir bien, y prescriben a cada uno lo que debe hacer. (S. Basilio, Homil. in Psalm. 1, sent. 3, Tric. *ibid.*, p.s 190 y 191.)”

“Las palabras de los Evangelios son infinitamente más excelentes que todas las otras enseñanzas del Espíritu Santo, que leemos en las Escrituras: porque en todos los demás libros habló el Señor por la boca de sus siervos: pero en el Evangelio nos habló por su misma boca. (S. Basilio, in Evang. Joann., sent. 19, Tric. T. 3, p. 194.)”

“Salomón compuso tres libros: los Proverbios, el Eclesiastés y el Cántico de los Cánticos. En los Proverbios instruye al niño en sus obligaciones con sentencias: por lo que muchas veces dirige su discurso a su hijo. En el Eclesiastés enseña a personas de más adelantada edad, y las hace ver que en este mundo nada es durable, sino caduco y perecedero. Por último, en el Cántico de los Cánticos, acaba de formar un hombre perfecto, que despreciando el siglo presente, está ya preparado para el que ha de venir, y le va guiando a la santa unión y castos abrazos del Esposo celestial. Porque si primero no hemos dejado el vicio y renunciado a las pompas del mundo, si durante esta vida no hemos procurado disponernos a la venida de Jesucristo, no estamos en estado de decirle: Bésame con el beso de su boca. (S. Jerón., in Ecclesiast. c. 2, sent. 80, Tric. T. 5, p. 253.)”

“Meditad las Escrituras. No quiere Jesucristo que nos contentemos con la simple lectura de las Escrituras, sino que produnfizando, por decirlo así, hasta la médula, saquemos toda la substancia, pues



acostumbra la Escritura a encerrar en pocas palabras una infinidad de sentidos. (S. Juan Crisóst., Homil. 37, in Genes., sent. 104, Tric. t. 6, p. 318.)”

“Cuanto más nos ejercitemos en el Evangelio, más claramente vemos la verdad. (S. Juan Crisóst., Homil., 19, c. 9, sent. 268, Tric. ibid., p. 355.)”

“El testamento viejo es, para los que lo entienden bien, profecía del nuevo. (S. Agust., cont. Faust., lib. 19, c. 2, sent. 22, adic., Tric. T. 7, p. 485.)”

“Los libros de éste nada pierden de su autoridad, porque no los entienden los judíos; antes bien, se aumenta; pues en ellos está profetizada la ceguera de estos. (S. Agust., lib. 16, c. 21, sent. 23, adic., Tric. ibid., p. 485.)”

“La Santa Escritura nos enseña cuál es la fuerza del amor a Jesucristo nuestro Salvador: también nos lo enseñó Este por sí mismo, cuando dijo: El que me ama, que me siga y esté conmigo, por todas partes en donde yo estuviere. Porque es preciso que siempre estemos en su presencia; que le amemos, que le sigamos por todas partes, y que no nos alejemos jamás de El. Todo esto lo cumpliremos si buscamos su gloria. (S. Cirilo, Alejand., Homil. 3, sent. 13, Tric. T. 8, p. 100.)”

“Del libro del Cántico de los Cánticos, dice San Gregorio el Grande: De tal modo se espera en este libro, según la voz de la Iglesia, la venidad del Señor generalmente, que cada una de las almas pueda mirar la entrada de Dios en su corazón como si fuera la venida del esposo al tálamo nupcial. Diga, pues, la santa Iglesia que espera por largo tiempo la venida del Señor., y padeces una dilatada sed de la fuente de la vida ¡cuánto desea ver la presencia de su Esposo y cuánto la echa menos! (S. Greg. el Grande. Ep. in Cant., Psalm. sent. 19, adic., Tric. T. 9, p. 385.)”

“Dice la esposa que se derritió al oír la palabra del esposo: porque cuando Jesucristo entra con su Espíritu en el alma que le desea, inmediatamente se deshace la dureza del corazón, y algunas veces son tantas las lágrimas que se derrite, que apenas puede entender como ha cabido en ella el que con exultación conoce que ha recibido. (S. Greg. el Grande, ibid., c. 5, sent. 20, adic., ibid., ibid., ibid.)”

“¿Qué es la Sagrada Escritura? Es una Epístola, una carta enviada por Dios a los hombres, dirigida por el Omnipotente a la criatura, según los Santos Padres San Atanasio, San Agustín, San Gregorio el

Grande, y San Antonio; Moisés, los Profetas, los Evangelistas y Apóstoles, no fueron nada más que unos amanuenses, o bien la pluma del Espíritu Santo, bajo cuyo dictado escribieron. (S. Cipriano, Serm. de Eleem, Barbier, T. 2, p. 246.)”

“¿Qué es el Evangelio? Es el libro de Jesucristo: la Filosofía y la Teología de Jesucristo; es la preciosa nueva de la redención, es la gracia, la salvación eterna del género humano que Jesucristo trajo al mundo y concedió a los creyentes. (Barbier, *ibid.*, *ibid.*)”

“La Sagrada Escritura, es el más perfecto de todos los libros, la más cierta de todas las ciencias, la más augusta, la más eficaz, la más sabia, la más útil, la más sólida, la más necesaria, la más vasta y elevada. Es la única necesaria, porque es la palabra de Dios. No es Moisés el que habla; es Dios: no son los Patriarcas y los Profetas, los que hablan; es Dios: no son los Evangelistas, San Mateo, San Lucas, San Juan y San Marcos los que hablan; es Dios. Y claro es que Dios posee todas las ciencias y las posee sin error. (Barbier, *ibid.*, págs. 249 y 250.)”

“La Sagrada Escritura contiene todo lo que puede saberse: abraza las ciencias naturales y sobrenaturales, y hasta nos da a conocer la ciencia divina con sus divinos atributos.. El Génesis, así com el Eclesiastés y Job, enseñan la Física; los Proverbios, la Sabiduría y el Eclesiástico, enseñan la Moral. La Metafísica, la enseñan Job y el Salmista; allí se cantan con himnos de alabanza el poder, la sabiduría y la inmensidad de dios: las incomparables obras de Dios, los Angeles, y todas las criaturas son allí ensalzadas. En el Génesis, el Exodo, el libro de Josué, los libros de los Jueces y de los Reyes; en Esdras y en los Macabeos hallamos la Historia y la Cronología. La Geometría aparece en la construcción del tiempo y del tabernáculo.. La Sagrada Escritura habla del principio de las cosas, del orden de la naturaleza, y sobre todo de dios, de sus atributos, de la inmortalidad del alma, de la libertad, de la verdadera igualdad, de la fraternidad, de las penas, de las recompensas y de todo cuanto existe: y habla de todo de un modo más exacto, más sólido y claro que todos los sabios reunidos... Historia, literatura, poesía, pintura, escultura, de todo contiene. San Vicente Ferrer, que tantas conversiones hacía con sus predicaciones en España, Francia, Alemania, Inglaterra e Italia, no llevaba consigo más que la Biblia, ni otra cosa predicaba. A San Antonio de Padua le dio el Soberano Pontífice el nombre de Arca del Testamento, por su elocuencia en explicar y enseñar la Sagrada Escritura, (In ejus vita, Barbier, *ibid.*, p. 251.)”

**Santos.** — “Todas las veces que celebramos la memoria de los Mártires, debemos, sin dificultad, dejar nuestras ocupaciones y tareas para concurrir todos a la sagrada junta, con el fin de dar la honra que debemos a aquellos Santos que procuraron nuestra salud con la efusión de su sangre: porque cualquiera que honra a los Mártires, honra también a Jesucristo, y el que desprecia a los Santos, desprecia también al Señor. (S. Ambrosio, Serm. 6, sent. 146, Tric. T. 4, p. 344.)”

“A todos los Mártires debemos honrar con especial devoción, pero más singularmente a aquellos cuyas reliquias conservamos: porque nos asisten con sus oraciones cierto derecho de familiaridad, porque están con nosotros; han escogido nuestra tierra por ordinaria habitación; en esta vida nos protegen, y después reciben nuestras almas cuando éstas desamparan el cuerpo. (S. Ambrosio. Serm. 77, sent. 150, Tric. *ibid.*, *ibid.*)”

“Honramos las reliquias de los Mártires con el fin de adorar a Aquel de quien recibieron la honra de ser Mártires; honramos a los siervos para que esta honra resulte en el Señor, que dijo de ellos: Cualquiera que a vosotros recibe, a mí me recibe. (S. Jerón., Ep. 109, sent. 43, Tric. t. 5, p. 246.)”

“Los cuerpos de los Mártires son verdaderas víctimas y perfectos holocaustos, porque sacrificaron a Dios en cuerpo y el alma. Pero vosotros tenéis otro fuego, por medio del cual podéis presentar a Dios una víctima: el fuego, quiero decir, de la pobreza voluntaria y el de la aflicción. Poder vivir en la delicadeza, en el regalo y en el esplendor, y elegir en vez de esta vida acomodada y deliciosa, una laboriosa, austera y mortificada, ¿no es ofrecer a Dios un verdadero holocausto? Mortificad, pues, y crucificad vuestro cuerpo, y recibiréis la corona de esta especie de martirio: haga ahora el fervor y la buena disposición del espíritu aquel sacrificio que en otro tiempo hacía la espada de los tiranos. (S. Juan Crisóst., Homil. 11, c. 6, ad Hebvr., sent. 379, Tric. t. 6, p. 382.)”

“Las intercesiones de los Santos son poderosísimas delante de Dios en favor de los demás. (S. Agustín, Psalm. 105, sent. 151, Tric. t. 7, p. 468.)”

“Nunca decimos nosotros que los Santos Mártires son dioses, ni que se les debe dar culto divino, sino solamente culto de amor y de respeto: por esto no les rendimos los honores supremos; pero los veneramos porque combatieron generosamente por la verdad, y conservaron el depósito de la fe hasta llegar a despreciar por él su propia



vida... En este culto no hay absurdo alguno, por el contrario, es de necesidad rendir continuos respetos a los que así se distinguieron. (S. Cirilo, Alejand., Comment. in Isai., lib. 6, cont. Jul., p. 203, sent. 7, Tric. t. 8, p. 98.)”

“Consiste la prudencia humana en ocultar con artificio los pensamientos y deseos del corazón; en disfrazar con disimuladas palabras los interiores sentimientos; en persuadir que lo falso es una verdad, y que lo verdadero es falsedad. Mas la prudencia de los Santos consiste en todo lo contrario: en no disimular jamás; en descubrir con sus palabras los sentimientos del corazón; en desear la verdad y huir de la mentira; en hacer bien gratuitamente; en querer más bien sufrir el mal que hacer daño a otro; en no vengarse de las injurias, y en mirar como verdadero bien los oprobios que les dicen, porque aman la verdad. (S. Greg. el Grande, lib. 9, c. 29, p. 360, sent. 52, Tric. T. 9, p. 250.)”

**Silencio.**— “A muchos he visto que con sus palabras cayeron en el pecado, y casi a ninguno que haya caído en culpa por su silencio. Por lo que también es más difícil y mejor saber callar, que saber hablar. (S. Ambrosio, de Offic., lib. 1, c. 2, sent. 117, Tric. T. 4, p. 337.)”

—“No debe ocuparos tanto el cuidado de vuestra casa, que os quite el tiempo de pensar en vosotros mismos. Elegid algún lugar a propósito para recogeros, distante del ruido de la familia, para estar así retirados de las distracciones domésticas, como en un puerto favorable, que por su tranquilidad pueda calmar en vuestras almas la tempestad de las olas del siglo. Aplicaos con tanto cuidado a la lectura de las Santas Escrituras; mezclad con tanta frecuencia esta devota lectura con la elevación del corazón a Dios, y ocupad vuestro espíritu con tan viva meditación de las cosas del siglo venidero, que este ejercicio saludable os pueda recompensar con ventajas por el tiempo que habéis empleado en las ocupaciones de vuestra casa. No pretendo con estos avisos apartaros del arreglo de vuestros domésticos, sino que penséis en aquel retiro cómo habéis de proceder con los que tenéis en vuestra casa. (S. Paulino, Ep. ad Celantiam, sent. 28, Tric. T. 5, p. 333.)”

—“Sube Jesucristo al monte a orar, para enseñarnos que la soledad es el lugar más propio para la oración. Muchas veces pasaba las noches solo en los desiertos, orando para excitarnos con su ejemplo a elegir los tiempos y lugares más tranquilos para orar sin distracción. Porque la soledad es la madre del reposo, y es un puerto en que estamos libres de las agitaciones de nuestros pensamientos. (S. Juan Crisóst., Homil. 51, sent. 61, Tric. T. 6, p. 311.)”

“No es lo que hace solitarios vivir en la soledad, sino tener el corazón poseído del amor y deseo de la verdadera sabiduría. (S. Juan Crisóst., in Psalm. 140, sent. 143, Tric. *ibid.*, p. 326.)”

“Para que nos muevan las cosas de Dios es preciso buscar el silencio y el reposo, no tanto de los lugares como de los corazones: porque si en nuestra alma llevamos un deseo y amor sincero del reposo, aun en medio de las ciudades estaremos libres de las iniquidades. (S. Juan Crisóst., lib. 2, c. 3, sent. 169, Tric. *ibid.*, p. 333.)”

—“De allí, del Claustro está desterrado el mío y el tuyo, que es lo que todo lo pervierte y perturba, porque en ellos todo es común, la mesa, la casa y el vestido: y lo que más admira, todos tienen un mismo corazón; todos son nobles con la misma nobleza; siervos con la misma esclavitud; libres con la misma libertad; unas mismas las riquezas de todos, y son las verdaderas riquezas; una gloria que es la verdadera gloria. Porque sus bienes consisten en las mismas cosas, y no en los nombres que las dan. Allí el deleite es uno mismo, uno el contento, uno el deseo, y una la esperanza de todos; allí todo está ordenado con la mayor exactitud, como si fuera medido con alguna regla, o pesado con alguna balanza; allí no hay desigualdad, sino el sumo orden, moderación y uniformidad, y la inefable diligencia en conservar la concordia, y una continuada y perpetua materia de alegría. (S. Juan Crisóst., lib. 3, *adver. vitup. vit. Monast.*, c. 10, sent. 14, *adic. Tric. ibid.*, p. 455.)”

“El retiro sustenta la oración como la madre su niño: la oración es una manifestación de su gloria, que Dios nos ofrece en el secreto de nuestro corazón: porque cuando cerradas todas las puertas de nuestros sentidos habita Dios con nosotros y nosotros con Dios, y cuando libres de los impedimentos y tumultos del mundo logramos la libertad de ocuparnos en las cosas de nuestro interior, y vivir con nosotros mismos, entonces nos hallamos en estado de ver como patente el reino que Dios ha establecido en nosotros. Porque el reino de los cielos, o por mejor decir, del Señor de los cielos, está dentro de nosotros, como expresamente lo dijo Jesucristo. (S. Juan Damasceno, de Transfig. Domini, sent. 8, Tric. T. 9, p. 292 y 293.)”

“La Santísima Virgen hablaba tan poco, que la Escritura no cita más que cuatro circunstancias en que aquella Inmaculada e incomparable Virgen haya dicho algunas palabras: 1.<sup>o</sup>, en la anunciación; 2.<sup>o</sup>, cuando entonó su sublime cántico Magnificat, en la visita que hizo a su prima Isabel; 3.<sup>o</sup>, cuando habiendo perdido a Jesucristo le halló en

el templo después de tres días: 4.º, en las bodas de Caná en Galilea... ¿Qué nos dice de esta Señora el Evangelio, respecto al silencio? Que todo cuanto oía a su divino Jesús, lo guardaba en su corazón, para después de la Ascensión de su divino Hijo, decírselo y explicárselo a los Apóstoles. Como Maestra de éstos y de los Profetas Reina como la dice la Iglesia, Moisés, Isaías, Jeremías, los Proverbios y el Penitente Rey encomian tanto el silencio, diciendo este último: Guardar silencio, cerrar el oído y pasar de largo, es lo que conviene hacer cuando os insultan... Me hacía el sordo, dice, y me hacía el mudo. (Psalm. 37-14, Barbier., T. 4, p. 524.)”

“Esté todo hombre pronto a escuchar, pero tardo a hablar, dice el Apóstol Santiago. (I. v. 19, Barbier, *ibid.*, *ibid.*)”

“Así como elegís lo que habéis de comer, dice San Agustín, elegid también las palabras que habéis de decir. (In Psalm. 51, Barbier, *ibid.*, *ibid.*)”

“Hablad con obras y no con la lengua, añade el mismo Santo Padre. (Serm. 32, in Evang. Luc., Barbier, *ibid.*, *ibid.*)”

“El solitario estará sentado, y se callará. Todo en él y alrededor suyo guardará silencio, dice San Bernardo: estará al abrigo de las turbaciones, de las agitaciones, de las sugerencias diabólicas, de los tormentos y de los deseos de la carne, y de los turbulentos ruidos del mundo. (Serm. 1, de Ss. Petro et Paulo, Barbier, T. 4, p. 526.)”

“El silencio inflama el corazón de amor a Dios, dice San Francisco de Asís. (In ejus vita, S. Bono, Barbier, *ibid.*, *ibid.*)”

“(Séneca, dice, que el que no sabe callar, no sabe hablar; y Catón. el silencio no daña a nadie, y romperlo, es muchas veces perjudicial.) (Barbier, *ibid.*, p. 524.)”

**Sobriedad.**— “Nuestras camas no deben ser demasiadamente blandas y delicadas, sino de una moderación correspondiente a un cristiano. No hemos de tomar el sueño como quien se abandona enteramente al descanso, sino como un breve alivio para el cuerpo; no nos debemos entregar al sueño por ociosidad y pereza, sino para recobrarnos de nuestras fatigas; debemos dormir, de suerte, que despertemos con facilidad. (S. Clemente, Pedagogo, sent. 4, lib. 2, c. 9, Tric. T. 1, p. 223.)”

“Yo alabo y admiro la antigua costumbre de los lacedemonios, que sólo permitían el oro y los vestidos muy ajustados a las mujeres mundanas, procurando por este medio desarraigar el lujo de las mujeres honradas, permitiéndole solamente en las abandonadas al vicio. (S. Clemente, sent. 6, ídem ídem, Tric. ídem, p. 224.)”



“Dios ha dispuesto por obra suya al hombre la comida y la bebida, para que se conserve, no para que se entregue al deleite. (S. Clemente, Pedagogo, lib. 2, c. 1, sent. 2, adic. Tric. T. 1, p. 349.)”

“De ningún modo se ha de permitir a las mujeres que manifiesten descubierta alguna parte de su cuerpo a la vista de los hombres, para que no caigan unas y otros: éstos, porque las excitan a mirar; aquéllas, porque arrastran hacia sí los ojos de los hombres. Siempre nos debemos portar con honestidad, como que está presente Dios. (S. Clemente, ídem, ídem, sent. 3, adic. Tric. ídem, ídem.)”

—“San Pablo quiere que esté lejos de las mujeres la vanidad de los adornos: porque si son hermosas, la naturaleza es suficiente: no pelee el arte contra la naturaleza; es decir, no litigue jamás el engaño con la verdad. Pero si por naturaleza son feas, con lo mismo que se ponen arguyen lo que les falta. Aquéllas, pues, que sirven a Jesucristo, conviene que abracen la frugalidad. (Idem, ídem, c. 10, sent. 7, adic. Tric. T. 1, p. 150.)”

“Una mujer perfecta, esto es, cristiana y casta, lejos de procurar excitar deseos, ha de mirar esto con horror: pues sabemos que el cuidado de agradar con la hermosura del cuerpo, que arrastra, naturalmente, a la lascivia, proviene de una conciencia herida que perdió la rectitud. ¿Por qué trabajáis por suscitar el mal en vosotras mismas? ¿Por qué despertáis en los otros los deseos de unas cosas que por vuestra profesión debéis estar distantes de desear? Por otra parte, nosotros no debemos abrir la puerta a las tentaciones que por sí nos arrastran alguna vez con su violencia, o pueden por lo menos causar con los malos pensamientos movimientos peligrosos. Dios aparte de todos los cristianos este mal. (Tertuliano, lib. de los adornos de las mujeres, c. 20, sent. 18, Tric. T. 1, p. 200.)”

“En los vestidos y adornos del cuerpo no debemos pasar los términos de la decencia y el aseo: pretendiendo en todo agradar a Dios, pecan contra esto las que usan colores postizos, pues dan a entender que les desagrada la obra de Dios y que hallan que enmendar en ella, y de este modo reprenden tácitamente al Criador. En efecto, ¿no merece reprensión tomar de su mayor enemigo el demonio estos artificios que añaden a la obra de Dios? (Tertuliano, ídem, c. 5, sent. 19, Tric. ídem, p. 201.)”

“Adornadas, oh mujeres, con las virtudes que os enseñan los Apóstoles y los Profetas, sujetad vuestras cervices al marido, y estaréis bastante adornadas: ocupad vuestras manos en trabajar lana, fijad vues-

tros pies en vuestra casa, y le serán a vuestros esposos más agradables que si brillaran con oro y piedras preciosas; vestid la seda de la probidad, el lino puro de la santidad, la hermosa púrpura de la castidad: do vayáis así adornadas, y será vuestro amante Jesucristo. (Tertuliano, ídem. c. 13, sent. 20, Tric. ídem, ídem.)”

“Vosotras solamente debéis agradar a vuestros maridos, y en tanto los agradeceréis, en cuanto no procuréis agradar a otros: las que tenéis la bendición, estad seguras: ninguna mujer es fea para su marido. No es de cristianas pensar que si moderan el adorno han de incurrir en el odio y aversión de sus esposos. Todo esposo pide la castidad. El fiel no mira a la hermosura, porque los cristianos no nos dejamos llevar de los mismos bienes que los gentiles. (Tertuliano, lib. cult. foemin., c. 2, sent. 18, adic. Tric. ídem, p. 364.)”

“Por los concursos y el recíproco deseo de ver y ser vistas salen al público las pompas y vanidades, o para negociar lascivia, o para insolentarse con la vanagloria. (Tertuliano, ídem, ídem, sent. 19, adic. Tric. ídem, p. 364.)”

“A la pureza cristiana no la basta el ser: necesita parecer: puede ser tanta su plenitud, que salga del corazón al vestido, y de lo interior de la conciencia prorrumpe a la superficie, para que por fuera la mire como alhaja suya propia, conveniente para contener perpetuamente la fidelidad. Se han de sacudir del ánimo las delicias: con su blandura y abundancia, puede afeminarse el valor de la fe. (Tertuliano, ídem, c. 13, sent. 20, adic. Tric. ídem, p. 364 y 365.)”

—“¿Qué expresiones serán suficientes para contar la felicidad de aquel matrimonio que la Iglesia concilia, la oblación le confirma, los Angeles le sellan, y el Padre le acepta? ¿Qué yugo como el de dos fieles que viven con una misma esperanza, un mismo deseo, una misma doctrina y una misma servidumbre? Ambos hermanos, y ambos consiervos. Juntos oran. Juntos pasan los ayuno,s mutuamente se llevan, y mutuamente se exhortan. Iguales en la casa de Dios, iguales en el matrimonio de Dios. En los trabajos, en los refrigerios, ninguno se oculta del otro, ninguno huye del otro, y ninguno de los dos es molesto a su consorte: libremente visitan los enfermos y sustentan a los necesitados. Las limosnas sin tormento, los sacrificios sin escúpulo, y el cotidiano ejercicio sin impedimento. No hay que persignarse furtivamente, es intrépida la congratulación, no es muda la bendición: resuenan entre los dos los Salmos y los himnos, y mutuamente se excitan sobre quién cantará mejor a su Dios; se alegra Cristo que

tales cosas oye y ve. A estos es a quienes envía su paz. En donde están dos, allí está El; y en donde está, no está el malo... No es lícito a los fieles casarse de otro modo; y aunque fuese permitido no les convendría. (Tertuliano, lib. 2, ad exhor., c. 5, sent. 21, adic., Tric. ídem, p. 365 y 366.)”

—“¿Cuándo se verificará que comamos a gloria de Dios? Cuando no comamos como esclavos del vientre por el placer de comer, sino como buenos obreros de Dios, con el fin de estar más fuertes y capaces de cumplir lo que nos manda. (S. Basilio, interrog. 196, sent. 71, Tric. T. 3, p. 203.)”

“Jamás nos hemos de aficionar a cosa alguna en donde entre el deseo del placer que suele mezclarse con ella. Primeramente nos hemos de guardar mucho de contentar el gusto, como que éste es el más antiguo origen, y como padre del vicio. (S. Greg. de Nisa, de Virg., c. 21, sent. 31, Tric. t. 4, p. 119.)”

“Es necesario seguir en nuestra vida esta regla exacta de templanza: no poner jamás por fin de nuestras acciones la sensualidad, sino sola la necesidad de usar de las cosas en los objetos en que se halla mezclado el placer: porque, sin duda, muchas veces sucede que el placer está junto con la necesidad de usar de las cosas, y la misma necesidad sazona de ordinario y da gusto a las viandas que es preciso comer. Pero como no hemos de despreciar la necesidad de comer por causa del placer que le acompaña, así tampoco se debe tener por fin principal el placer, sino que siguiendo y amando lo que hay útil en todas estas cosas, es preciso no poner la intención solamente en lo que agrada a los sentidos. (S. GReg., íbid., sent. 32, Tric. íbid., p. 119.)”

“Es necesario guardarnos igualmente de uno y otro exceso, es a saber, de sepultar nuestra alma en la gordura del cuerpo, concediéndole todos los gustos y delicadezas de la vida, y de extenuar el cuerpo con la demasiada maceración, de modo que se reduzca a no poder aplicarse al trabajo y ejercicios de la virtud: teniendo presente aquellas palabras de la Escritura: Ninguno se extravíe a la derecha ni a la izquierda. (S. Greg. de Nisa, íbid., c. 22, sent. 33, Tric. íbid., p. 120.)”

“Es preciso cuidar de que no esté la carne tan delicadamente cuidada ni tan bien nutrida que no quiera dejarse gobernar: ni se trate con tanto rigor y austeridad que se la debilite demasiado, y de tal modo, que pueda cumplir con los ejercicios necesarios: porque el fin de la perfecta continencia no ha de ser simplemente el afligir el cuerpo, sino facilitar los ejercicios del espíritu. (S. Greg. de Nisa, íbid., sent. 34, Tric. íbid., p. 120.)”



“Hasta los ojos son puros en el hombre modesto, por lo que huye de aquellos espectáculos que incitan a la lujuria. (S. Greg. de Nisa, vit. mor. interp., sent. 3, adic. Tric. *ibid.*, p. 357.)”

“Tener lo que basta al deseo es estar rico. La frugalidad tiene medida; la renta, no la tiene. (S. Ambrosio, de Abs., lib. 2, sent. 11, adic. Tric. *ibid.*, p. 396.)”

“¿Qué hace el blanco y encarnado sobre el rostro de vuestra mujer cristiana, sino encender y conservar el amor profano, y publicar el desarreglo del alma? Estas composturas nada tienen del Señor; son invención del demonio. ¿Con qué confianza podrá una cristiana levantar al cielo el rostro, que no reconoce en ella Aquel que se lo formó? (S. Jerón., sent. 15, Tric. T. 5, p. 241.)”

“Ni la afectación de los vestidos desaliñados, ni el demasiado aseo convienen al cristiano. (S. Jerón., Ep. ad Eustoch., c. 22, sent. 22, Tric. *ibid.*, p. 242.)”

“Cuando el Apóstol San Pedro arregla el modo de vestirse las mujeres, no pretende obligarlas a ir sin aseo ni limpieza, ni con vestiduras cubiertas de remiendos: solamente quiere moderar el exceso, y cercenar la superfluidad de sus adornos, encomendándolas en todo la sencillez y la modestia. (S. Paulino, Ep. ad Celantiam, sent. 29, Tric. *ibid.*, p. 333 y 334.)”

“Procurad que la grayedad y seriedad no excedan los justos límites de la moderación, no sea que degeneren en una severidad extrema, incómoda a todo el mundo: porque hay una alegría espiritual que siendo honesta y decente, contribuye para unirnos más a Dios, y regocija y atrae agradablemente a los que quieren ir al Señor. (S. Juan Crisóst., Religiosum facetiis, sent. 255, Tric. T. 6, p. 353.)”

“Advierte Moisés a los israelitas, que cuando comen y beben, se acuerden del nombre del Señor, su Dios; porque el tiempo de los placeres es peligroso, y fácilmente borra en nuestras almas la memoria de Dios. (S. Juan Crisóst., Homil. 16, c. 7, sent. 267, Tric. *ibid.*, p. 355.)”

“No cuidéis de vuestra carne para satisfacer los deseos desordenados. No nos prohíbe el Apóstol tener cuidado de nuestra carne: solamente no quiere que procuremos satisfacer sus deseos en aquellas cosas que exceden el uso necesario para la vida: no cuidéis, pues, de vuestra carne para la sensualidad, sino para la salud. Pues no es verdaderamente cuidarla encender un brasero que la consuma. (S. Juan Crisóst., Homil. 24, c. 13, sent. 295, Tric. *ibid.*, p. 362.)”

“Comed solamente lo necesario para satisfacer el hambre; no uséis otros vestidos sino los que pide la necesidad de cubrir el cuerpo: pues no se debe buscar la hermosura del traje para adornar el cuerpo, por no perderle, pretendiendo hermosearle, y por no hacerle malsano, haciéndole más delicado. Gobernad, pues, vuestro cuerpo con tal templanza, que le tengáis siempre pronto para cumplir con lo que le pide el espíritu. (S. Juan Crisóst., Homil. 24, c. 13, sent. 296, Tric. *ibid.*, *ibid.*)”

“¿Cómo podría ser que el que nos ha prometido el reino de los cielos acompañado de tantos bienes, no nos diese los de la presente vida! mas no le pidamos lo superfluo; deseemos sólo lo que es necesario; no nos apartemos de esta máxima: que debemos contentarnos con lo suficiente para vivir, porque este es el medio de ser siempre ricos. No busquemos, pues, más que el alimento y el vestido, y tendremos todo lo necesario, y aun otros bienes mucho mayores. (S. Juan Crisóst., Homil. 16, Tric. *ibid.*, p. 364.)”

“Si nos redujéramos a lo necesario, tendríamos mucho superfluo; pero si andamos buscando cosas inútiles, jamás tendremos lo necesario. (S. Agust., Psalm. 146, sent. 173, Tric. T. 7, p. 470.)”

“Pues no debemos servir a todos los deseos, ni conceder a la carne todo lo que pide; no podemos menos de advertir que se nos manda la moderación de la templanza, de suerte, que a la carne sujeta al juicio de la razón, no se la conceda lo superfluo, ni se la niegue lo necesario. En otra parte, dice el Apóstol: Ninguno aborrece su propia carne, antes bien, la sustenta y conserva. Es preciso, pues, sustentarla, no para los vicios y la lascivia, sino en cuanto pueda ayudar al espíritu para servir a Dios. (S. León, Papa, Sermon. 69, c. 5, sent. 58, Tric. T. 8, p. 396.)”

“Aquél es distribuidor laudable de los vestidos y alimentos de los pobres, que sabe que en los necesitados viste y alimenta a Jesucristo: pues dijo el mismo Señor: Siempre que lo hicisteis con uno de mis hermanos, lo hicisteis conmigo. (S. León, Papa, Psalm. 51, c. 3, sent. 74, Tric. *ibid.*, p. 402.)”

## T

**Teatro.**— “No sin elegancia podría alguno llamar a los teatros cátedra de pestilencia: porque la junta que allí se hace está sacrificada a las maldiciones. Estas juntas están llenas de iniquidad y confusión, y la misma ocasión de congregarse es causa de la torpeza. Prohíbanse, pues, los espectáculos y discursos que están llenos de maldad, de palabras obscenas y ociosas, dichas con temeridad. Porque ¿qué historia puede haber tan torpe que no se manifieste en los teatros? ¿Qué palabra impura que no pronuncien los bufones y cómicos que pretenden excitar la risa? (S. Clemente, *Pedagogo*, lib. 3, c. 5, sent. 9, *Tric.* T. 1, p. 151.)”

“La obligación que tenemos de apartarnos de todo género de impureza nos prohíbe la asistencia a los teatros: ellos son una escuela de impureza, donde se aprueba cuanto fuera de ellos se condena. (Tertuliano, lib. de espectáculos, c. 17, sent. 13, *Tric.* *ibid.*, p. 199.)”

“Las leyes excluyen a los farsantes de todos los empleos honoríficos y dignidades. ¿No es un claro testimonio de que es mala una cosa, el notar con infamia a los que la ejecutan, y cuando al mismo tiempo que tanto agradan, se les mira como a infames? (Tertuliano, *ibid.*, c. 22, sent. 14, *Tric.* *ibid.*, *ibid.*)”

“¿Podrá alguno meditar en Dios en la comedia, en un lugar en donde nada se trata de Dios? ¿Aprenderá alguno a ser casto, cuando se halla transportado del placer de la representación? Lo más escandaloso en los teatros es el excesivo adorno de las mujeres con todo el artificio posible: la uniformidad o variedad de sentimientos y demostraciones de los espectadores, aprobando o desaprobando la representación, contribuye mucho para promover un trato libre y familiar y encender en el corazón las llamas de la impureza. Nadie asiste a la comedia con otro destino que el de ver y ser visto. Pidamos a Dios que arranque del corazón de los cristianos la afición a un placer tan



pernicioso. A la verdad, ¿no es una cosa extraña el pasar desde la Iglesia de Dios a la del diablo? ¿Emplear esas mismas manos que acabáis de levantar a Dios, en aplaudir a cómicos y bufones, y alabarlos con la misma boca que dijisteis amén al recibir el santo cuerpo del Señor! (Tertuliano, ídem, c. 25, sent. 15, Tric. ídem, ídem.)”

“Si los cristianos quieren dar algún tiempo a los placeres, ¿cómo son tan ingratos al Señor que no quieren conocer el gusto de las delicias que El les ofrece, y les da a gustar aun en esta vida, y contentarse con ellas? En efecto, ¿qué cosa hay más agradable que el reconciliarse con Dios, nuestro Padre y Señor, reconocer los errores, adquirir la luz de la verdad, y alcanzar el perdón de tantos y tan grandes pecados? ¿Puede haber delicia mayor que la que da el disgusto de los deleites, la que nos representa como despreciables todas las cosas del mundo, nos deja entera libertad, conserva pura nuestra conciencia, nos tiene contentos en el estado presente y nos quita todo temor a la muerte? (Tertuliano, ídem, c. 29, sent. 16, Tric. T. 1, p. 200.)”

“Si para nosotros es execrable toda impureza, ¿cómo ha de ser lícito oír lo que no es permitido hablar, sabiendo que la chocarrería y toda palabra ociosa está condenada por Dios? ¿Cómo ha de ser lícito mirar lo que es delito ejecutar? ¿Por qué aquellas cosas que, pronunciadas con la boca se comunican al hombre, no se le comunicarán también cuando las admite por los ojos o por los oídos, supuesto que por estos sentidos llegan al espíritu, y no puede éste estar limpio cuando sus ministros se manchan? (Tertuliano, ídem, c. 17, sent. 11, Tric. ídem, p. 361 y 362.)”

“La obra de las máscaras, representada, pregunto: ¿cómo ha de agradar a Dios, que prohíbe que se haga toda semejanza. ¿Cuánto más prohibirá la de sí mismo! (Tertuliano, ídem, c. 23, sent. 13, adic. Tric. ídem, p. 362.)”

“Nada de las cosas que se destinan para los espectáculos es agradable a Dios, y lo que no es agradable al Señor, no puede ser conveniente a sus siervos. (Tertuliano, ídem, c. 24, sent. 13, adic. Tric. ídem, ídem.)”

“Demos que haya algunas cosas en los espectáculos que sean dulces, gratas y sencillas, y aun honestas; pero ninguno temple el veneno con hiel, sino con sazónados y sabrosos condimentos; y sé mucho de este mal en las cosas dulces; de este modo, cuando el diablo dispone la bebida mortal, la mezcla con cosas muy agradables y muy del gusto de Dios. Todas las cosas que allí se ven, sean fuertes,

sean honestas, sean sonoras, sean delicadas, míralas como gotas de miel que caen de un destiladero envenenado: no mires tanto a la gula del deleite como al peligro. (Tertuliano, ídem, c. 27, sent. 14, Tric. ídem, ídem.)”

“Delicado eres, cristiano, si en este mundo deseas el deleite; y aun demasiado necio, si esto lo tienes por delicia. (Tertuliano, ídem, c. 28, sent. 15, adic. Tric. ídem, p. 363.)”

“El teatro conmueve nuestros sentidos, aviva nuestras pasiones, destierra el pudor y la castidad de los corazones más honrados y modestos. (S. Cipriano, en la 1.<sup>a</sup> Carta a Donato, sent. 2, Tric. ídem, p. 295.)”

“Todo cuanto pasa a en esas representaciones perniciosas es vergonzoso e inclina al mal: las palabras, los vestidos, los pasos, la voz, el canto, las miradas, los gestos, el son de los instrumentos, los mismos asuntos y enredos de los comediantes: todo está lleno de veneno y todo respira impureza. (S. Juan Crisóst., Homil. 38, sent. 59, Tric. T. 6, p. 310.)”

“Si no hubiera espectadores, no hubiera representantes ni espectáculos; y de este modo, por ser los unos y los otros causa del pecado, tanto unos como otros serán castigados en el fuego de la otra vida. (S. Juan Crisóst., íbid., sent. 60, Tric. íbid., íbid.)”

“En el teatro todo es risa, torpeza, pompa diabólica, disipación, inútil empleo del tiempo, preparación de la concupiscencia, escuela de la deshonestidad y de la intemperancia, exhortación y ejemplos de torpeza... Luego son muchos los males que introducen en las ciudades los teatros: grandes, por cierto. (S. Juan Crisóst., Homil. 42, c. 19, sent. 19, adic. Tric. T. 6, p. 459.)”

**Temor de Dios.**— “¿Podemos formar buena opinión de un pecador, que estando postrado en tierra y viéndose herido, amenace a los que están de pie, sanos y robustos; y que con ser un sacrilegio se queja de los sacerdotes, porque no quieren permitirle que reciba tan presto el cuerpo del Señor con unas manos todavía manchadas; y porque no consienten que beba la sangre de Jesucristo con una boca corrompida? ¡Oh furioso e insensato! Reflexiona bien cuánta es tu locura, pues te irritas contra Aquel que procura apartar de ti la divina indignación. Tú estás amenazando al que implora por ti la misericordia del Señor; al que siente la llaga de tu alma, que tú mismo no sientes; al que está derramando lágrimas por tus culpas, cuando acaso tú no las derramas por ti mismo. (S. Cipriano, lib. de Lapsis, sent. 14, Tric. T. 1, p. 299.)”

“Vosotros queridos hermanos, que vivís en el temor de Dios, considerad vuestras culpas con color y arrepentimiento, y sin desesperar de la misericordia de Dios, no presumáis todavía que ya la habéis conseguido. A proporción que Dios es bueno y condescendiente con la ternura de Padre, también es terrible por la majestad de juez: y así es preciso que la abundancia de vuestras lágrimas corresponda a la enormidad de nuestras ofensas. Empleemos mucho cuidado y mucho tiempo en curar una llaga profunda, y no sea nuestra penitencia menor que nuestro delito. (S. Cipriano, *ibid.*, sent. 15, Tric. *ibid.*, *ibid.*).

“Nadie se deja penetrar del temor de las cosas que están por venir; nadie considera con este mismo temor y temblor el día de Dios, aquel día grande de la indignación divina. Si tuviéramos fe para considerar estas cosas, también tendríamos temor; mas porque no las creemos, no las tenemos: si de verdad creyésemos, trabajaríamos por evitarlas, y poniendo de nuestra parte, seguramente nos libraríamos de tanto mal. (S. Cipriano, sent. 17, Tric. *ibid.*, p. 300.)”

“Aquel debe temer la muerte, que no quiera ir a Cristo, y aquel le corresponde no querer ir a Cristo, que no cree que empieza a reinar con Cristo. Escrito está que el justo vive de la fe. Si eres justo y vives de la fe, si crees verdaderamente en Dios ¿por qué habiendo de estar con Cristo y seguro de la promesa del Señor, no abrazas el que te llamen a Cristo? ¿Cómo no recibes parabienes de no poder ser ya esclavo del demonio? (S. Cipriano, Tract. de mortal., sent. 17, *adic.*, Tric., *ibid.*, p. 384.)”

“Vos habéis dado la herencia a los que temen vuestro nombre. ¿Qué herencia es esta? No lo dice, y nos deja el cuidado de investigarlo. Prometió Dios a los israelitas por boca de Moisés, una tierra en la que había de correr la leche y la miel: pero a nosotros nos deja buscar la herencia que da él a los que le temen. Esta la hallaréis en las bienaventuranzas que señaló nuestro Salvador, cuando dijo: Bienaventurado los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. También tenemos esta promesa del Salvador: Recibirá mucho más en este siglo, y en el futuro tendrá por herencia la vida eterna. En el Salmo 15 está bien señalada esta herencia con estas palabras: El Señor es la porción que me ha tocado en herencia y que me ofrece mi cáliz. Vos, Señor, me dais mi herencia, y ésta para mi es la más excelente. (Eusebio de Cesárea, sent. 4, Tric. T. 2, págs. 83 y 84.)”

“Alegraos en Dios, que es nuestro socorro. Lo que este salmo —cuyas palabras empiezan convidando a una alegría divina— dirige a



los judíos, se nos dice a nosotros, los que hemos sido llamados de entre los gentiles, para que vivamos vigilantes, no nos suceda también caer en las mismas desgracias. (Eusebio de Cesárea, sent. 5, Tric. *ibid.*, *ibid.*)”

“No hay justo alguno que deba pasar un solo día sin temor, sabiendo que no hay día que no esté lleno de lazos contra él de parte del demonio y de sus ángeles, que sin cesar conspiran a su perdición. Por otra parte, sabe que el gran día del Señor está oculto, y que será repentino como la irrupción del ladrón nocturno. (S. Hilario, in Psalm. 137, sent. 17, Tric. T. 2, p. 201.)”

“Escrito está: Servid a Dios con temor, y alegraos en El para que la suavidad del gozo temple lo servil del temor, y porque el mismo temor nos causa de algún modo alegría con el testimonio que nos da muestra conciencia de ser fieles en el servicio de Dios: mas recelando que el exceso del gozo no pasase los límites de una justa moderación, dice también el Salmista: Alegraos en el temor, porque un gozo libre de toda aprensión pudiera borrar en nosotros el temor de Dios. Las palabras del Profeta van señalando este orden: Que el temor nos detenga en el servicio de Dios; que el gozo modere este temor; que el cuidado del peligro que viene después, contenta este gozo en los justos límites. Añade todavía el Profeta: Abrazad la disciplina, para enseñarnos que este temor acompañado con el gozo, y este gozo, templado con el cuidado, conspiran solamente al servicio de Dios y a la obediencia de su santa ley. (S. Hilario, in Psalm. 2, sent. 23, Tric. *ibid.*, p. 263.)”

“No es poco el daño que el pastor se está haciendo a si mismo entretando que duerme fuera del redil de sus ovejas: pues la negligencia y descuido de los pastores es el contento de los lobos. (S. Efrén, de Timore Dei, sent. 1, adic., Tric. T. 3, p. 366.)”

“Si alguno por pereza o flojedad, se descuida en implorar los auxilios de la gracia, no acuse a la divina gracia si se ve desamparado, acúsese a sí mismo. (S. Efrén, *ibid.*, sent. 2, adic., Tric. *ibid.*, *ibid.*)”

“La penitencia sacrifica los pecadores, pero les vuelve a dar la vida: primero les mortifica, y después los resucita. Es la penitencia un horno excelente, porque le echan metal despreciable y le convierte en oro. (S. Efrén, *ibid.*, sent. 3, adic., Trib. *ibid.*, *ibid.*)”

“Sólo una cosa habéis de temer, y es el temer a otro más que a Dios. (S. Greg. Nacianc., Orat. 6, sent. 13, Tric. *ibid.*, p. 353.)”

“En todo tiempo y en toda ocasión es preciso poner la esperanza y

confianza en Dios: el temor nos debe contener en la prosperidad, y la esperanza en la adversidad. En tiempo de la bonanza se debe pensar en la tempestad que puede sobrevenir; y durante la tempestad confiar en el cuidado del que tiene el timón de nuestro gobierno. (S. Greg. Nacianc., Orat. 17, sent. 32, Tric. *ibid.*, p. 357.)”

“Cuanto más vamos creciendo en perfección con la práctica de los divinos mandamientos, más motivos tenemos de temer, que, inchada nuestra alma con el conocimiento de su propia virtud, y cayendo en el deseo de ser alabada, se deje arrebatar de algún exceso de orgullo que la mancha con la presunción, cuando se considera más virtuosa. (S. Ambrosio, Epist. 84, Tric. T. 4, págs. 348 y 349.)”

“Si me preguntáis por qué me retiro al desierto, respondo: que con el fin de evitar las tentaciones y combates. Me diréis que esto no es pelear, sino huir. En esto confieso mi flaqueza: no me atrevo a combatir con la esperanza de vencer por temor de que algún día no pierda la victoria. No logro la victoria cuando huyo, pero huyo porque temo ser vencido. Jamás tiene seguridad el que duerme al lado de una serpiente. (S. Jerónimo ad Vigilantium, sent. 45, Tric. T. 5, p. 246.)”

“La verdadera unión y amistad es la que se estrecha con el lazo de Jesucristo, y no se funda en utilidades temporales, en la familiaridad, en la condescendencia, ni en la lisonja, sino en el temor de Dios y en un amor igual al de las divinas Escrituras. (S. Jerónimo, ad Paul., Ep. 53, sent. 54, Tric. *ibid.*, p. 247.)”

“Nada temamos sino a Dios, y nada amemos sino a El. (S. Paulino, Ep. 9, ad Amand., sent. 13, Tric. *ibid.*, p. 331.)”

“Lloró Jesucristo la muerte de Lázaro, luego os es permitido llorar, pero con moderación, con reserva y con temor de Dios. (S. Juan Crisóst., Homl. 62, in Joann, sent. 87, Tric. T. 6, p. 316.)”

“El Profeta nos enseña lo que debemos temer, y nos dice: que ni la pobreza, ni la vergüenza, ni las enfermedades, ni todos los otros males temporales que tan formidables parecen a los hombres, solamente el pecado es digno de temerse. ¿Qué temerá yo en el día malo sino la iniquidad que me ha de seguir? (s. Juan Crisóst., in Psalm. 44, sent. 128, Tric. *ibid.*, p. 323.)”

“Si un hombre tiene tanto temor de Dios que sufre con inexpugnable fortaleza toda suerte de tormentos antes que ejecutar cosa alguna que pertenezca al culto de los ídolos, esta misma fortaleza le adquiera la corona del martirio. Mas yo os digo, que así como este mártir padece con tanto sufrimiento dolores tan intolerables por no adorar a

un vano simulacro, vosotros también manifestaréis en la presencia divina semejante valor cuando lleguéis a sufrir con sumisión los dolores de las enfermedades. Pero me diréis: son mucho más vehementes los dolores del martirio: yo os respondo, que lo de las enfermedades son más largos, y así, ¿por qué no han de ser iguales las consecuencias y los premios? (s. Juan Crisósto., Homil 3, c. 3, ad Thesalon., sent. 361, Tric. T. 6, p. 378.)”

“Temamos, mejor diré, convirtámonos a Dios de todo corazón y así nunca temeremos. La paja teme al fuego, pero ¿qué tiene que temerle el oro? (S. Agust., Psalm. 49, sent. 65, Tric. T. 7, p. 460.)”

“Si tememos ahora llegará el día en que nada tengamos que temer. (S. Agust., Psalm. 98, sent. 145, Tric. *ibid.*, p. 467.)”

“No teman los imperfectos, pero al mismo tiempo no gusten de su imperfección y su flaqueza. (S. Agust., Psalm. 134, sent. 164, Tric. *ibid.*, p. 469.)”

“Temed a Dios, pero de tal modo, que esperéis siempre en su misericordia; huid cuando se indigna contra vosotros, pero huid hacia El para aplacarle, y sin duda le aplacaréis si esperáis siempre en su misericordia. (s. Agust., Psalm. 146, sent. 170, Tric. *ibid.*, *ibid.*)”

“Si no se empieza por el temor a servir a Dios, nunca se llegará a amarle. (S. Agust., Psalm. 149, sent. 179, Tric. *ibid.*, p. 470.)”

“Según las Divinas Escrituras, el principio de la sabiduría o de los bienes es el temor de Dios; y el fin de esta sabiduría o de estos bienes es una vida adornada de virtudes y de acciones arregladas por la ley del Señor: porque Dios no llama bienaventurados a los ricos, ni a los que viven en las delicias, para los cuales todo prospera: sino a los pobres de espíritu, a los mansos y misericordiosos, a los que tienen hambre y sed de justicia, y padecen sin quejarse el verse maltratados por su amor. (Teodoreto, Discurs. 11, sent. 7, Tric. T. 8, p. 263.)”

“Hay un temor inútil, triste y cruel, el cual no consigue el perdón, porque no le pretende; y hay otro temor devoto, humilde y fructuoso que merece fácilmente la misericordia a cualquiera por pecador que sea. Este temor no solamente engendra, nutre y conserva la humildad, sino también la mansedumbre y la longaminidad. ¿A quién no agrada una descendencia tan generosa? Pero los hijos infelices del otro temor, son la pertinacia, la excesiva tristeza, el rencor, el error, el desprecio de lo bueno y la desesperación. (S. Bern., Epist., 87, ad Oger. Canon. Reg., sent. 17, adic., Tric. T. 10, págs. 350 y 351.)”

**Tentaciones.**— “Ninguno debe exponerse voluntariamente a las



tentaciones y prevenir los tiempos en que Dios nos la envía: cada uno debe suplicarle que no le deje caer en ellas. (S. Basilio, Reg. 62, c. 2. sent. 46, Tric. T. 3, p. 198.)”

“Un cristiano en cada tentación que le sucede, debe traer a la memoria las palabras de la Escritura que vienen a aquel caso, y servirse de ellas como de un fuerte escudo, para que no entren en él los tiros de nuestro enemigo y para poderlos rechazar. (S. Basilio, c. 3. sent. 47, Tric. *ibid.*, *ibid.*)”

“Para muchos es grande motivo de tentación ver por una parte la prosperidad de los soberbios, y por otra los trabajos de los justos: por no estar bien poseídos de aquella verdad capital con que conocemos claramente, que el premio de nuestros méritos se ha de recibir, no en este mundo, sino en el otro. (S. Ambrosio, in Psalm. 118, sent. 59. Tric. T. 4, p. 324.)”

“Te engañas, hermano mío: te engañas si piensas que el cristiano puede vivir exento de persecuciones. Aun cuando no sientes que te acomete el enemigo, debes creer que entonces acomete con más fuerza: porque nuestro contrario da continuamente vueltas como un león furioso que busca a quien tragar: siendo esto así, ¿podrás persuadirte a que puedas estar en paz? (S. Jerón., Ep. ad Heliot. 14, sent. 3, Tric. T. 5, p. 239.)”

“Si un platero sabe precisamente cuánto tiempo debe dejar el oro en el crisol, y cuándo le debe sacar para que no se pierda y consuma con la actividad del fuego, mejor sabe Dios el tiempo que nos ha de dejar en la tentación para que nos purifiquemos de nuestras manchas, y cuándo nos ha de sacar para que no nos rindamos. No murmuraremos, pues, contra El, y no nos desalentemos si nos sorprende alguna aflicción imprevista; arrojémonos en las manos de Aquel que conoce lo que es mejor y sabe cuánto tiempo de tribulaciones se requiera para purificar nuestras almas, y estemos persuadidos a que todo lo hace para nuestro mayor bien. (S. Juan Crisóst., Serm. 32, in Paral., sent. 236, Tric. T. 6, p. 348.)”

“Entretando que en esta vida se goza de profunda paz y grande descanso, apenas se juntan coronas para la vida eterna. No busquemos, pues, aquí nuestro premio, y tengámonos por felices cuando practicando lo bueno, padecemos males; porque Dios no nos dará recompensa por las buenas obras que hemos practicado, sino también por las tentaciones y tribulaciones que hayamos sufrido con paciencia. (S. Juan Crisóst., Homil. 43, c. 16 sent. 323, Tric. *ibid.*, p. 370.)”